

La Esfera

25 Marzo 1916

Año III.—Núm. 117

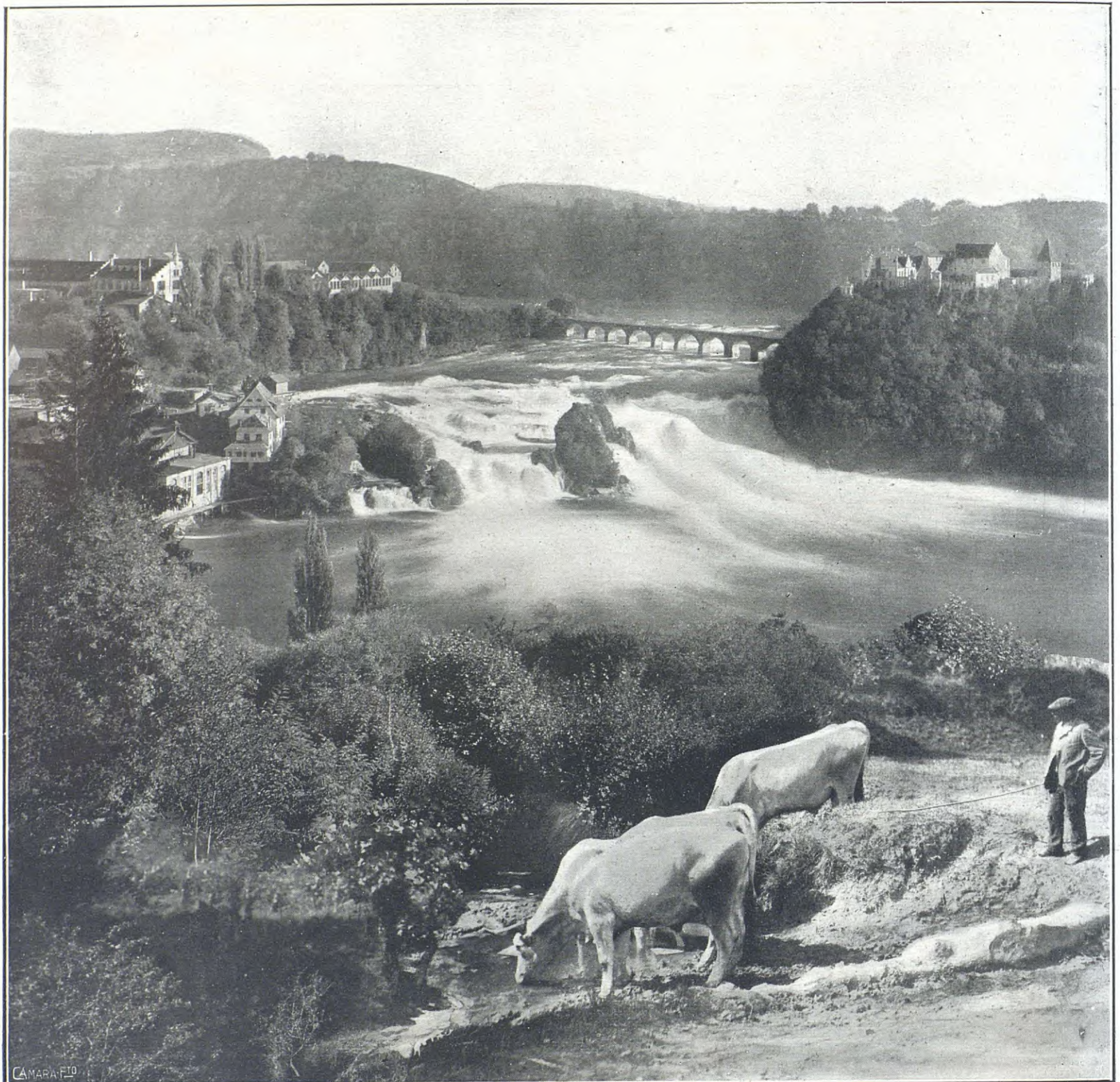
ILUSTRACION MUNDIAL



CAMPESINO SEGOVIANO, dibujo al pastel de Ricardo Marín

DE LA VIDA
QUE PASA

EN LA PAZ DE LA GUERRA



LA PAZ

No me acuerdo de una tarde más serena que la de aquel día. El aire del encinar estaba henchido de los aromosos rumores del campo. Aromosos porque nos llegaban envueltos en el aroma tenue del tomillo que alfombraba, entre las matas del carrasco, el suelo. Al tendernos en el cual crujían bajo nuestros cuerpos las hojas secas caídas de las matas. No se veía en torno más que troncos y copas de encinas sobre la tierra, pero sabíamos muy bien que allí abajo y muy cerca, á corta carrera, pasaba el río. Y la conciencia de su cercanía con la imaginación de su espejo, dábanos la ilusión de como si la tierra flotase, como si no fuesen insondables sus cimientos sólidos sino asentados en un haz cristalina y movediza.

Nos tendimos en tierra, boca arriba, á ver pasar por entre la trama del verde pardo follaje de las encinas, volanderos copos de nubes, como vellones escarmenados, bajo el azul aceraado del cielo. Entrecruzando los dedos de las manos, puse éstas de almohada entre mi cogote

y el suelo y cerré los ojos para oír mejor los aromosos rumores de la dehesa que flotaban, como nubes también, sobre el silencio.

—¡Qué paz!—exclamó mi amigo entonces.

—Sí—repuse—, para los que venimos de nuestra batalla y volveremos enseguida á ella. Hasta la guerra es paz para el que la contempla, espectador desinteresado, como una fiesta. Fiesta de paz es una corrida de toros; menos para el toro y quien lo lidia. Esta paz misma de la dehesa será guerra para alguien.

—Sí—replicó mi amigo—, para el pobre rentero que ve cómo la lagarta devora la encina y barrunta que tampoco este año habrá montanera.

—La paz—continué—no es más que el descanso. Y no hay más paz ni descanso duraderos que los de la tumba.

—¡Quién sabe!...—me contestó.

—¡Ojalá amén!—cerré diciendo y en alusión á su sospecha.

Volvimos á callar. Sentíamos que nuestros

sendos pensamientos vagaban acordes y como cogidos de las manos. Mirábamos á un mismo copo de nube que se deshacía y derretía en el cielo.

—Cuando les vuelva la paz...—empezó.

—Entonces debe empezar de veras nuestra guerra—le interrumpí.

—Ahora les estamos contemplando, pero entonces se volverán á nosotros diciéndonos: «¿Y vosotros?» Y tendremos que volvernos á nosotros mismos, los espectadores de la fiesta...

—¿Fiesta?

—Para nosotros, sí, fiesta. O función si quieres.

—Y más para nosotros dos que la contemplamos desde lejos y por noticias, como quien lee historia—me dijo.

Y le repliqué:

—¡No! Nosotros dos estamos interesados, cordialmente interesados en la guerra; para nosotros no es una fiesta, un espectáculo, sino una guerra; en nosotros ha azuzado y encandecido

la guerra que llevamos dentro. Y si no, dime, ¿crees tú que este nuestro reposo aquí, al pie de las encinas, sobre la tierra callada, sin oír tronar al cañón, ni oler á pólvora ó á gases asfixiantes, es como sería si la paz bañase á Europa? ¿Nosotros estamos en guerra!

—Habría que oír—me dijo—lo que dirían los combatientes, los combatientes de verdad, quiero decir, si oyeran estas elucubraciones tuyas...

—¿Los combatientes de verdad?—exclamé—. ¿Y quiénes son los combatientes de verdad? ¿Qué es eso de combatientes de verdad y combatientes de mentirijillas? ¿Quién ha dicho que sólo combate de verdad el que da su cuerpo y su sangre y su vida? ¿Qué racha de renegación del propio credo es la de esos intelectuales que dan ahora en decir que el verdadero heroísmo no es más que el heroísmo corporal y se burlan de la que llaman *heroicidad tipográfica*? ¿Qué es eso de decir así, sin más, que la pluma no vale la espada? ¿Qué soplo de materialismo es ese? ¡Sí, de materialismo! ¡Y que lo digas tú! ¡Que hables tú de combatientes de verdad, tú!

—¿Y por qué no yo?—me replicó.
—Porque tú—le dije—debes saber distinguir entre el escritor, ó si quieres el esteta, y el hombre que escribe y escribe con su sangre y con el meollo de su tuétano y da su vida al escribir; tú debes saber lo que va de comentar la guerra á poner el corazón en ella. No, tú no puedes, tú no debes sumarte á los que se burlan de la guerra de pluma y pretenden que cuando truena el cañón debe callarse la palabra.

—¿Qué cómodo es todo eso de...—empezó á decir.

Y le atajé diciéndole:
—¿Y qué cómodo es en quien no tiene que dar más que su cuerpo y su sangre, por mucho que ellos valgan, burlarse del que da otra cosa! ¡Sobre todo yo creí que tú creías en la oración!

—A ratos...—me contestó.
—¿Recuerdas la victoria de Josué sobre los amalecitas cuando Moisés estaba en la cumbre del collado, con una vara en la mano y cuando alzaba ésta vencía Israel y cuando la bajaba prevalecía Amalec?

—Sí, «y las manos de Moisés estaban pesadas, por lo que tomaron una piedra y la pusieron debajo de él y se sentó en ella y Aarón y Hur sostenían sus manos, uno de una parte y el

otro de la otra y así hubo en sus manos firmeza hasta que se puso el sol». (Exodo, xvii, 12.)

—Pues aprende y no blasfemes contra el espíritu.

Se siguió un silencio. Y quedamos los dos oyéndolo y contemplando el cielo, entonces limpio de toda nube, á través del cañamazo del follaje verde pardo de las encinas.

Al poco rato rompió el silencio para volver á la carga, preguntándome:

—¿Te crees un guerrero?

—¡Atrás, Satanás!—le repliqué.

Sentí que se me acercaba y crujir junto á mí hojas secas de las que desprendidas de las matas de carrasco alfombraban el suelo. Sentía su respiración muy cerca de la mía y como si su aliento se mejese en el mío.

—¡Pues bien tranquilo estás—me dijo—acostado en tierra y soñando en paz tu guerra! Es un regodeo como otro cualquiera...

—¿Y quién le ha dicho—le repliqué sin mirarle—que esos que tú llamas combatientes de verdad no se regodean con la guerra corporal que hacen? ¿No recuerdas cómo Koerner, el de las rosas rojas de la guerra, hablaba á su espada como á una novia? ¿No hay acaso una lujuria del combate? ¿Y es á nombre de la guerra por la guerra cómo se puede deprimir el arte por el arte?

—¡No, sino á nombre de la guerra por la justicia!—me contestó.

—¡Pero no al arte por la justicia!

Volvimos á callarnos. Y fui yo el que, sin mover más que los labios y la lengua, rompí de nuevo el silencio, diciendo:

—¿Qué saben ellos, los que quieren proscribirnos, lo que es la guerra íntima, la batalla dentro del corazón?

—¡Sí—me contestó burlonamente—; los unos derraman sangre; los otros... tinta!

—¡Tinta que es muchas veces sangre—exclamé exaltándome—, más propia sangre que la otra que á las veces no es sangre propia, aunque lo parezca, sino sangre vendida... ó acaso vino!

—Cristo dió su sangre por nosotros—me susurró casi al oído.

—Sí, pero Cristo era la Palabra, el Verbo encarnado, y su sangre era sangre de palabra. Y mártir no quiere decir más que testigo y cabe

mártir sin derramar una sola gota de sangre.

—Ni sufrir en el cuerpo, ¿eh?—agregó.

—Sí, sufre todo mártir en el cuerpo—le dije—.

¿O es que crees tú que al que da el corazón espiritual en sus palabras no se le gasta el oiro corazón, el de carne? ¿Es que no se muere de pensar cuando el pensamiento es vida?

En aquel momento sentí, por sugestión, cómo mi pecho todo latía sobre la tierra y la dureza de ésta. Hice una larga y honda inspiración, como para tomar huelgo y sentí luego, que á modo de escalofrío, una onda de sangre me corría por el cuerpo todo, de la cabeza á los pies. Y oí que mi amigo, hablando consigo mismo, se decía: «Hecho' uno espectáculo de sí mismo...»

—Hacerse uno espectáculo de sí mismo—le dije en voz alta y fuerte—es poner uno ante sí mismo á la humanidad y es ponerse ante la humanidad uno mismo. Hacer España, en nuestro caso, no es más que hacer el español y para tí hacer el español es hacerte á tí mismo. Y luego poder decir: «¡He aquí el hombre!» ¡Y esa es guerra!

—Poco cruenta...—empezó.

—¿Poco cruenta?—exclamé—. No, no es sangre que se derrame hacia fuera, pero sí hacia dentro.

—Sangre derramada hacia dentro...—dijo espaciando las palabras—. ¡Bah! ¡Paradoja tenemos!

—¡No seas mentecato!—le repliqué—. ¿O es que no has oído de gentes muertas de hemorragia interior?

—«Viene también la muerte por el alma...»—dijo recordando á Campoamor.

—Es por donde de veras viene—le contesté—. Y casi te diría que la otra no es muerte... Mas de esto de nuestra guerra hablaremos otro día.

Me levanté. Estaba solo. Había estado todo aquel tiempo solo. Mi amigo se disipó como se había formado; volvió á entrar en su limbo. Todo este diálogo no había sido más que un monólogo. Y los copos de nubes, que como vellones escarmenados se deshilachaban y perdían en el azul del cielo, fueron decoración de escenario. Respiré profundamente, asenté los pies en tierra y me dirigí á dar vista al río.

MIGUEL DE LINAMUNO



LA GUERRA

ARTE ANTIGUO



LA IGLESIA MILITANTE

Copia de Rubens, que se conserva en el Museo del Prado



MEMORIAS DE UN DESMEMORIADO

II

ADELANTE, AMIGOS :: Madrid, Octubre de 1868



A los pocos días de presenciar en la Puerta del Sol la entrada del General Serrano, vi la entrada del General Prim, el héroe popular de aquella Revolución. El delirio de la multitud llegó al frenesí. Delante de Prim iba en un coche Tamberlick cantando el himno de Garibaldi. Desde el balcón del Ministerio hablaron Prim, y creo que Topete. El embravecido oleaje de la multitud creció de tal modo, que no pudimos entender lo que dijeron los caudillos de la Revolución. Creo que aquel mismo día se formó el Gobierno Provisional, cuyos nombres omito, porque pertenecen a la Historia bien conocida de todo el mundo, y sigo narrando la historia anecdótica, principal asunto de estas páginas tan verídicas como deshilvanadas. De Zaragoza recibieron nuestros gloriosos Generales una invitación para asistir a un certamen de Artes e Industrias que en aquella ciudad se celebraba. Prim no pudo ir porque tenía que quedarse en Madrid al frente del Gobierno. Fueron Serrano y Topete, y con ellos y tras ellos una caterva de políticos, literatos y periodistas. Entre estos, varios amigos me colaron a mí, que en aquellos días escribía en no sé qué semanario. El tren que conducía la variada muchedumbre de expedicionarios, partió una mañana de Octubre.

Si los magnates de la política y los literatos eminentes iban satisfechos, los chicos folclóricos reventábamos de gozo. Sin detenerse pasaba el tren por las estaciones, y en la de Sigüenza ocurrió un gracioso caso. En el andén estaba el pueblo en masa con todas las autoridades y entre ellas el Obispo, y una música que tocaba desahoradamente el himno de Riego. Serrano, que al paso veloz del tren reconoció en el Obispo a su amigo Benavides, mandó parar y retroceder. Escena tumultuosa y patética. Se abrazaron el General y el Prelado, y el pueblo prorrumpió en aclamaciones frenéticas, mientras el chín chín de la música amalgamaba compases del himno de Riego con la Marsellesa. Al fin seguimos nuestro camino: nos despedimos de aquel gentío, agitando nuestras manos y vociferando como energúmenos. El Obispo Benavides era un señor muy campechano. De la Sede de Sigüenza pasó al Patriarcado de las Indias; luego fue Arzobispo de Zaragoza y Cardenal... No describo la recepción que nos hizo el pueblo zaragozano, porque ya la supondrá el entendido lector. Discursos en calles y plazas, en balcones y en lo alto de un farol, en el pedestal de una estatua; abrazos de personas que no se habían visto nunca; plácemes, resonante murmullo de alegría, esperanza y fraternidad en todo el pueblo. Por la noche funciones teatrales, banquetes, donde se improvisaron programas políticos y se leyeron versos muy picantes, como una quintilla que entre aclamaciones frenéticas, recitó Manuel del Palacio en el Teatro Principal.

Al día siguiente, tempranito, me eché a la calle ansioso de conocer ciudad tan interesante, renombrada por su grandeza histórica y singularmente por el valor de sus hijos. En pocas horas recorrí sin guía el Coso, el Mercado, el Pilar y la Seo; vi la Torre nueva; después, la Escuela Pia, la parroquia de San Pablo, la Puerta del Carmen, acrobillada por los balazos de los dos famosos Sitios; la Trinidad, la Aljafería, el Torrero y, por último, las ruinas de San Agustín. No puedo decir que todo esto lo viera en una sola caminata, sino en varias aquel día o en los siguientes; ello fué que, por un misterioso móvil de observación, me fui apoderando de todos los aspectos característicos de la capital aragonesa. Mucho aprendí en aquel primer viaje, pero hasta mi segunda o tercera visita, no conocí al famoso Mariano de Gracia, el hombre más salado, más simpático, más ameno, que ha nacido a orillas del Ebro. La Jota y los dos Marianos, Cavia y Gracia, son las mejores flores de Aragón.

Nuestro regreso a Madrid no careció de notas que pudiéramos llamar históricas. Almorzando en la estación de Alcalá de Henares, se nos agregaron D. Salustiano de Olózaga, Cristino

Martos y otras conocidas personalidades. Los generales Serrano y Topete nos habían precedido en un tren expreso. Los periodistas veníamos en un mixto. No recuerdo cómo coincidimos en aquella estación con Olózaga y Martos; lo que está bien presente en mi memoria es que Olózaga, el gran anti-dinástico, pronunció un grave discurso desvaneciendo las ilusiones de los que creían que las futuras Cortes Constituyentes proclamarían la República; y Martos, después de breve controversia, coincidió con la serena templanza del patriarca progresista. Parlotearon otros oradores y oradoruelos. Sobre la marejada de aquellas disertaciones en que imperó el tono familiar, flotó la idea de que las Constituyentes se inclinarían a mantener el principio monárquico con una dinastía francamente democrática y popular. Tal era la idea de Prim, alma y verbo de nuestra Revolución, que hasta entonces parecía más que radical doméstica.

Pongo término a esta divagación anecdótica para decir que en Madrid seguí cultivando mi huerto literario. Volví a poner mano en la *Fontana de oro* y en otros trabajos, en periódicos y revistas. En aquel tiempo travé amistad con Albareda, fundador de *La Revista de España*, hombre sugestivo y mundano, dotado de extraordinaria sagacidad política... En mi narración llego a los días en que se apodera de mí el sueño cataléptico; no sé donde vivo, ni lo que me pasa, ni en qué me ocupo. Para llenar estos vacíos de mi relato, evoco mi memoria y le hablo de esta manera: «Memoria mía, mi amada memoria, cuéntame por Dios mis actos en aquella época de somnolencia».

La memoria refunfuña, se despereza y me contesta: «Tontín, ¿has olvidado que escribías artículos de política en *La Revista de España*, nueva creación de Albareda? ¿Tan aturrido estás que no te acuerdas de que en *La Revista de España* publicaste tu segunda novela *El Audaz* y que al propio tiempo imprimías en la imprenta de Noguera *La Fontana de oro*?» Diciendo esto, mi memoria inclinó la cabeza sobre el pecho quedando aletargada y muda. Y yo me dije: pues lucido estoy ahora; apagada la luz de mi mente, me entrego a un sueño profundo. En mis oídos zumbaba el ruido de las Constituyentes, palabras desgranadas del famoso discurso de Castelar contra Manterola, cláusulas de Figueras, apóstrofes de Fernando Garrido, de Paul y Angulo, estridencias lejanas de gritos y aplausos, y por último, estruendo de trabucazos... Mi memoria despierta con sacudimiento convulsivo y exclama: menguado, despabilate, ¡han matado a Prim! Ante mis ojos deslumbrados por una terrible realidad, desfila el cadáver de Prim saliendo de Buenavista para ser conducido a la iglesia de Atocha, y al siguiente día la gallarda figura de Amadeo de Saboya, que después de contemplar en la basílica el cadáver de Prim, entraba a caballo en Madrid para dirigirse a jurar la Constitución ante las Cortes. Día tristísimo, nevado el suelo, el celaje plomizo y el pueblo soberano admirando silencioso la gentileza del nuevo Rey!

Todo lo que sigue lo he referido en otras páginas; por consiguiente no me ocupo de ello, pues en estas Memorias no hallaréis más que lo anecdótico y personal. Dejarme ahora en mi sueño cataléptico... Siento pasar el 70, el 71, y a mediados del 72 vuelvo a la vida y me encuentro que, sin saber por qué ni por qué no, preparaba una serie de novelas históricas, breves y amenas. Hablaba yo de esto con mi amigo Albareda, y como le indicase que no sabía qué título poner a esta serie de obritas, José Luis me dijo: «Eautice usted esas obritas con el nombre de *Episodios Nacionales*». Y cuando me preguntó en qué época pensaba iniciar la serie, brotó de mis labios como una obsesión del pensamiento la palabra Trafalgar.

Después de adquirir la obra de Marliani, me fui a pasar el verano a Santander. En la ciudad cantábrica dí comienzo a mi trabajo, y paseando una tarde con mi amigo el exquisito poeta Amós de Escalante, éste me dejó atónito con la si-

guiente revelación: «¿Pero usted no sabe que aquí tenemos el último superviviente del combate de Trafalgar?» ¡Oh, prodigioso hallazgo! Al siguiente día en la Plaza de Pombo me presentó Escalante un viejecito muy simpático, de corta estatura, con levita y chistera anticuadas; se apellidaba Galán y había sido grumete en el gigantesco navío *Santísima Trinidad*. Los pormenores de la vida marinera en paz y en guerra que me contó aquel buen señor, no debo repetirlos ahora.

El tomo *Trafalgar*, donde se relata la terrible y gloriosa tragedia naval, se publicó en los primeros meses del 75, y en el mismo año di al público los tres tomos siguientes: *La Corte de Carlos IV, El 19 de Marzo y el 2 de Mayo y Bailén*. Al año siguiente siguieron sin interrupción otros cuatro, y a principios del 75 terminé la serie con *La batalla de los Arapiles*. En los diez tomos conservé como eje y alma de la acción la figura de Gabriel Araceli, que se dió a conocer como pillete de playa y terminó su existencia histórica como caballero y valiente oficial del Ejército Español. La primera serie tuvo tan feliz acogida por el público, que me estimuló a escribir la segunda; en esta archivé la figura de Araceli y saqué a relucir la de Salvador Moncal, personaje en que prevalece sobre lo heroico lo político, signo característico de aquellos turbados tiempos. Allí está la Masonería, las trapisondas del 20 al 23, la furiosa reacción, los Apostólicos, la primera salida del Pretendiente para encender la Guerra civil. Interrumpí esta serie con nuevos trabajos.

Sin dar descanso a la pluma, escribí *Doña Perfecta, Gloria, Mariánela y La familia de León Roch*. Alguna de estas obras coincidió con la Restauración. Cuando Alfonso XII entró en Madrid, estaba yo corrigiendo las pruebas de *Gloria*. De la Restauración, de la existencia relativamente corta del Rey Alfonso, nada diré en estas páginas. Refiriendo en otras los dos casamientos de este simpático Soberano, he contado algo y aun algo, que el curioso lector leerá donde lo hallare.

Después de *La familia de León Roch*, y sin respiro, *La desheredada*, en seguida me metí con *El amigo Manso, El doctor Centeno, Tormento, La de Bringas, Lo prohibido*... Hallábame yo por entonces en la plenitud de la fiebre novelesca. Del arte escénico no me ocupaba poco ni mucho. No frecuentaba yo los teatros. Desde mi aislamiento sentía el rumor entusiasta de los grandes éxitos de D. José Echegaray. Aquel portento iba de gloria en gloria fascinando a todos los públicos. Conocía yo las obras de Echegaray por la lectura, no por la representación. Pasaron años antes que yo viera sobre las tablas las obras del gran maestro. De este modo corría el tiempo hasta llegar al 85. El 25 de Noviembre de aquel año murió Alfonso XII, de cruel enfermedad en la flor de los años. Ocurrió en el Pardo este suceso, no por previsto menos lastimoso. Al día siguiente falleció el General Serrano. Proclamada la Regencia de doña María Cristina, subió Sagasta al poder, y su primer acto fué convocar las Cortes para el año siguiente. Un amigo mío, de quien he de hablar mucho en el curso de estas Memorias, indicó a Sagasta que me sacara diputado por las Antillas. En aquellos tiempos, las elecciones en Cuba y Puerto Rico se hacían por telegramas que el Gobierno enviaba a las autoridades de las dos islas. A mí me incluyeron en el telegrama de Puerto Rico; y un día me encontré con la noticia de que era representante en Cortes, con un número enteramente fantástico de votos. Con estas y otras arbitrariedades, llegamos años después a la pérdida de las colonias. En la primavera del 86 se abrieron las Cortes. El que esto escribe, tuvo la satisfacción de ser incluido en la comisión del Congreso que asistió a Palacio al acto solemnisimo de la presentación del recién nacido Soberano de España, D. Alfonso XIII, el 17 de Mayo de 1886.

B. PÉREZ GALDÓS

(Continuaremos)



CUARESMA DE ANTAÑO

Más de siglo y medio antes de que el observante franciscano fray Alejo del Valle cantara las verdades á reyes y magnates desde el púlpito de la capilla real, en la solemne función de la Epifanía, hubo cierta cuaresma, aquella de 1637, en la que el Conde-duque, igualándose á los monarcas en lo divino, ya que los superase en lo humano, acogióse á recogimiento espiritual en el regio aposento del Buen Retiro, que los soberanos de las Españas tenían para los días recoletos de los cuidados de su alma.

Y como entonces no había Parlamento, y á más de ello solían ser los religiosos, hombres de gran inteligencia y saber, y aun los más cordiales voceros del sentimiento popular, aconteció que cierto padre Ocaña, capuchino trinitario, luego de pedir devotamente el concurso del Espíritu Santo, enderezó su plática de tal suerte, que empezando por el papel sellado y siguiendo tributo por tributo, hizo el discurso de oposición más revolucionario que pudiera soñar un demagogo.

Y para contera y remate de su perorata, acabó clamando contra el Nuncio, diciendo que Roma y el Papa eran contra España, por sus intereses particulares, y que la guerra había de hacerse,

no á Francia, sino contra Roma. Con que si el prior jugaba á los naipes, ¿qué harían los frailes? Así que apenas llegó á la Corte la noticia de haberse salvado Fuenterrabía, la explosión del júbilo popular en Madrid, manifestóse en una copiosísima pedrea con que los súbditos de su majestad católica, obsequiaron al Nuncio en su vivienda.

Y entre sermón y sermón, y nueva y nueva de la guerra, los reyes procuraban dulcificar las asperezas de la penitencia cuaresmal, uniendo sabiamente la devoción y el regodeo, y eran de ver en la ermita de San Bruno, parroquia del Retiro, que se alzaba coronando el alcor donde luego abrióse el estanque Chino, vulgo de las Campanillas; eran de ver aquellas fiestas de loa y comedia en el atrio, entre un jardín improvisado, donde en los rigores de Marzo, veíanse árboles adornados con los más sabrosos perendengues. Uvas de Málaga, plátanos de las islas Afortunadas, ciruelas de Génova, y una varia frecuencia de succulentas confituras.

Aquellos felices príncipes á quienes algún espíritu veraz, llamárase padre Ocaña en el púlpito ó D. Francisco de Quevedo en los papeles, ponía á cuarto las peras, y no precisamente las almibaradas de los arbolitos, salían de cui-

dado con poner ellos en buen recaudo á los murmuradores, llevándoles lejos del bullicio cortesano, donde pudiesen acudir con todo reposo á la cristiana meditación.

Y llegaba la Pascua, y los tales príncipes, para quienes el mundo concluía en las puertas de los sitios reales, podían entregarse al legítimo y bien ganado regocijo, tal como la comedia lacustre, que hubo de celebrarse en el estanque grande en un escenario armado sobre barcas, y presenciada por un concurso que ocupaba las falúas suntuosas que había enviado desde Nápoles el duque de Medina de las Torres.

Y la princesa de Stigliano, la virreina, tuvo también para el concurso presentes, dignos de su rango. Fué aquella la sazón en que cada dama recibió un canastillo de plata con un huevo de oro, un rico lienzo de Cambray y un fastuoso serenero de tafetán.

Bastante habían de curarse de los males ajenos, quienes tan gratamente deslizaban la vida propia. ¡Oh, cuaresmas eternas! Nunca ha habido en ellas otras diferencias más que la establecida por los estómagos de los penitentes.

PEDRO DE RÉPIDE

DIBUJO DE MARÍN



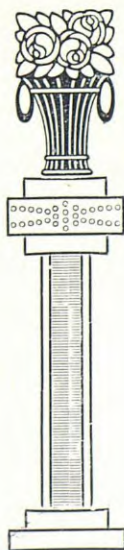
Lágrimas mías

Lágrimas que rodáis como las rocas
desgajadas del borde de un abismo;
lengua más elocuente que cien bocas,
poema de dolor que mudo invocas,
entrañas de mi sér, flor de mí mismo;

dardos, espinas, cáusticos, saetas,
fruto de mis perdidas esperanzas,
idioma de mis páginas secretas,
sueño de mis dormidas añoranzas,
tallad mi duelo en límpidas facetas.

Regad mi alma, lluvia de consuelo,
sed savia del vivir, fuente del cielo,
sabad buscar mis penas y tejerlas
en hilo hermoso de incontables perlas,
sed ricas joyas de mi humilde duelo.

Caed sin compasión como torrente
que limpia el cauce de la vida mía,



henchid de mis mejillas la vertiente,
arrastrad en cascada penitente
mis pecados, mi fiebre, mi agonía.

Hablad con vuestra lengua de cristales
y al asomar de mi alma á los umbrales,
amarguísimo extracto de dolores,
quemadme en vuestros cálidos ardores
y abrasad mis abiertos lagrimales.

Hablad, en fin, á Dios de ansias de enmienda
de un alma dolorida que decae,
que, de alto amor en la envidiable senda,
es igualmente meritoria ofrenda
cirio que alumbra, ó lágrima que cae.

Luis MARTÍNEZ KLEISER

Inspirado en esta composición ha escrito Pepito Arriola
un hermosísimo lied.

DIBUJO DE MOYA DEL PINO

AMERICANOS QUE DEFIENDEN A ESPAÑA

ALLÁ por el año 1894, hallándome en Nueva York, vi anunciada la publicación en Chicago de un libro titulado *The Spanish Pioneers*. Picó el título mi curiosidad por referirse á los primeros españoles que pisaron la América, y, deseoso de ver cómo el autor trataba el asunto, adquirí un ejemplar del libro. Disponíame á pasar un mal rato con su lectura, pues raro es el autor anglo-sajón que al hablar de España no deje escurrir por la pluma gotas de hiel mezcladas con la tinta. Precisamente en aquella época se desbordaba la «Prensa amarilla» de los Estados Unidos en denuestos y calumniosas imputaciones contra los españoles, á quienes acusaba de feroz crueldad en el trato que daban á filipinos y antillanos. Era de suponer, por lo tanto, que el autor del libro citado, sugestionado acaso por la campaña de odio y mala voluntad á España que aquella Prensa había emprendido con el fin que se hizo evidente en 1898, aportase nueva materia combustible para avivar el fuego de las hogueras que en todo el país aparecían, como señales de llamada para el ataque que había de arrebatár á España sus últimas posesiones en América y en Asia.

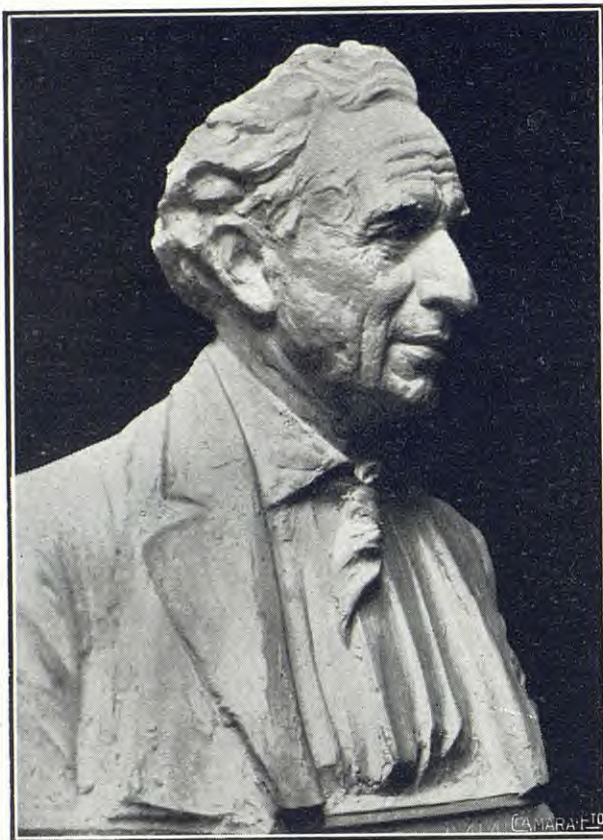
Júzguese, pues, de mi sorpresa al ver que aquel libro era todo lo contrario. En todas sus páginas vibraba un sentimiento de amor y admiración á España y á los españoles que por vez primera sentaron en América sus plantas; era aquel libro una reivindicación del sistema colonizador de España en el Nuevo Mundo; era una apología de la legislación española para el trato de los indios; era una rectificación de algunos errores históricos denigrantes para España, padecidos por eminentes historiadores, así españoles como extranjeros; era, en fin, una loa entusiástica, calurosa, de los exploradores españoles del siglo xvi.

¿Quién será ese autor—pensé yo—que así se atreve á salir por los fueros de la verdad y de la justicia desafiando la opinión pública, descariada por el torbellino de malas pasiones que ha levantado la Prensa? Valiente debe ser quien tal audacia muestra. ¿Será tal vez de origen español, ya que con tanto calor y denuedo defiende á los españoles y no vacila en expresar la admiración que por ellos siente?

Me puse en correspondencia con el autor, Mr. Charles F. Lummis, que residía en Los Angeles, ciudad del Estado de California; y de sus cartas, escritas con gran sinceridad, y de la lectura de otros libros suyos y de los informes que por otros conductos pude recoger, vine en conocimiento de que si aquel libro era en extremo interesante, su autor era un hombre extraordinario.

Para escribirlo quiso documentarse de una manera insólita. Asocióse con Mr. Adolph F. Bandelier—á quien conoceremos más adelante—y juntos recorrieron los sitios por donde anduvieron los exploradores y descubridores españoles, tanto en la América del Norte como en la Central y la del Sur, por la parte del Pacífico, llegando hasta Bolivia y el Perú. En todos los puntos que visitaron, algunos de ellos habitados solamente por indios, con quienes convivieron, y cuyas costumbres, tradiciones y rasgos característicos estudiaron, registraron bibliotecas, archivos, iglesias, recogiendo y reuniendo datos, informes y documentos inéditos que les sirvieron para depurar la verdad de los hechos que se proponían historiar.

No. Mr. Lummis no es de origen español: es yanqui de pura cepa, pues nació en Lynn, ciudad fabril de Massachusetts en la Nueva Inglaterra. Por esta circunstancia merece mayor aprecio la briosa defensa que hizo de España y de su política colonizadora en América, poniéndose enfrente del común sentir de sus conciudadanos. Porque en su obra, Mr. Lummis, además de narrar muchas asombrosas proezas y hechos hasta ahora desconocidos que realizaron los descubridores, dedica largo espacio á reseñar la labor educativa y civilizadora que llevaron á cabo con verdadero heroísmo, y llegando hasta sufrir el martirio, los misioneros españoles, y no pierde



MR. CHARLES F. LUMMIS

Que, en 1894, publicó un libro titulado "The Spanish Pioneers", en el que se ocupa, con palabras de gran amor á nuestra patria, de los primeros españoles que pisaron América

(Busto modelado por la Sra. Julia Brack n Wendt para el Southwest Museum, de Los Angeles, California)

ocasión de contrastar el rápido progreso de los indios bajo la dominación española con la inacción de otras naciones de Europa, que sólo medio siglo más tarde despertaron á la realidad de que había surgido en nuestro planeta un nuevo continente. Otros capítulos interesantes contiene el libro, y son aquellos en que Mr. Lummis desentraña el origen y evolución de algunos mitos y leyendas de áureos tesoros que deslumbraron á los exploradores, así en la América del Norte como en la del Sur; y no menos atractiva y valiosa es la rectificación de la legendaria civilización de los incas del Perú, así como la reivindicación del carácter y la conducta de Pizarro, á quien no vacila el autor en calificar como una de las más grandes figuras de la Historia.

Estimando que un libro de tal valía merece ser conocido de cuantos hablan la lengua castellana, obtuve de Mr. Lummis la debida autorización para verter su obra á nuestro idioma. La exactitud del relato que hace el autor, y que tal vez algunos pongan en tela de juicio por ser en algunos puntos contrario á las narraciones de ciertos historiadores mal documentados, la refrenda el eminente historiógrafo Mr. Adolph F. Bandelier en unos cuantos renglones insertos en las primeras páginas del libro.

¿Y quién es Mr. Bandelier?, preguntará acaso algún lector que desconozca la labor de investigación que ha hecho este discípulo de Humboldt en el vasto campo de la Historia.

Mr. Bandelier nació en Suiza; pero desde muy joven fué á América, y allí se ha dedicado á trabajos históricos, aplicando á esos estudios métodos científicos y basándolos principalmente en la etnología, sin cuyo auxilio no es fácil aquilatar los hechos de pueblos y de hombres que hace tiempo han dejado de existir.

Por espacio de muchos años venía dedicándose Mr. Bandelier á recoger y acumular datos y noticias para escribir una historia documentada de los indios llamados «Pueblos», que habitaban en la región del Río Grande por la parte de Nuevo Méjico, y, con objeto de ampliar su

labor de investigación, vino á España hace poco más de dos años con su esposa y colaboradora, y en el Archivo de Indias se pasaban ambos los días de claro en claro rebuscando, leyendo y copiando pergaminos y manuscritos. En esta tarea le sorprendió la muerte, el 18 de Marzo de 1914; pero su viuda, que tanto le había ayudado en sus peregrinaciones y en la busca de documentos, quedó en Sevilla para continuar la labor que les había encomendado la Institución Carnegie, fundada en Washington por este filántropo para fomentar el estudio de las ciencias y las artes y las investigaciones históricas.

Deseoso estaba yo de conocer algo de los trabajos que habían realizado los dos esposos en Sevilla, cuando una feliz casualidad me proporcionó el gusto de entablar correspondencia con la señora viuda de Bandelier, incidente que merece relatarse, por cuanto me puso también en relación con una señorita norteamericana, miss Alice B. Gould, que se halla en España haciendo igualmente investigaciones acerca de hechos relacionados con el descubrimiento de América.

Ocurrió de esta suerte: Estaba yo hace unos meses en Barcelona, revisando las pruebas del citado libro de Mr. Lummis, que va á editar la casa Araluce, cuando recibí una carta de un amigo que se hallaba de temporada en Valladolid; y en ella me relataba una excursión en automóvil que había hecho á Simancas. «Por cierto—me decía—que en una de las salas del archivo ví sobre una mesa un montón de cuartillas escritas por una dama norteamericana que, según me dijo el bibliotecario, está investigando ciertos detalles referentes á los viajes de Colón. Te lo digo por si te interesa saberlo».

Imaginé que pudiera ser esa dama la viuda de Mr. Bandelier, que se hubiese trasladado á Simancas para continuar sus investigaciones históricas; y con el fin de ampliar una nota referente á los dos esposos que había yo puesto en la versión del libro de Mr. Lummis escribí á mi amigo que indagase si era cierta mi suposición.

Pocos días después me enviaba mi amigo una carta que de Simancas había recibido, escrita en buen castellano y firmada «Alicia B. Gould y Quincy», en la que ésta decía, entre otras cosas, lo siguiente:

«Don Juan Montero me participa que, de parte de un amigo suyo, usted ha preguntado por la señora doña Fanny Bandelier, viuda de don Adolfo Bandelier. La dicha señora es una buena amiga mía y me apresuro á enviarle á usted sus señas en Sevilla...

«Estaba yo en Sevilla cuando murió el señor Bandelier hace ahora unos diez y ocho meses. La señora quedó encargada por la Institución Carnegie de la continuación del trabajo de su marido, con quien había colaborado muchos años, acompañándole hasta en su vida entre los indios, todavía salvajes...

«En cuanto á mis propios trabajos, no es exacto que estoy escribiendo una historia de Colón. Estoy más bien tratando de corregir unas equivocaciones en las ya escritas historias y de averiguar las listas de marineros y emigrantes en los primeros años. La muerte de Colón es una fecha muy conveniente para terminar el primer periodo».

No se hizo esperar la contestación á la primera carta que dirigí á la viuda de Mr. Bandelier, en la que le exponía mi propósito de dar á conocer en España la labor de investigación á que ella y su difunto esposo habían dedicado tantos años y tantos afanes.

Interesantísimas son las cartas de esa señora, escritas unas en correctísimo inglés y otras en castizo castellano, no obstante ser, como su esposo, suiza de nacimiento. Tal vez—como dice ella—esta circunstancia le ha facilitado el dominio de varios idiomas, lo cual es de tanta utilidad para la tarea que tiene entre manos. Para descifrar la enmarañada caligrafía de los códices y documentos manuscritos del siglo xvi, en

los cuales ha hallado importantísimos datos y relaciones, le ha servido el conocimiento de nuestro idioma, «pues he vivido tantos años en países de lengua española—son sus palabras—, que algunos de mis amigos me hacen el honor de tomarme por española ó por hispano-americana».

De Mr. Bandelier, su esposo, dice que «fue siempre un entusiasta y verdadero admirador del sistema colonizador de España, y jamás ha tenido esta nación un defensor más ardiente. Buena prueba de ello es su libro *The islands of Titicaca and Keats*, del cual envió un ejemplar á la Academia de la Historia de Madrid. Fue una gran desgracia que muriese poco después de nuestra llegada á España, que era para él la «tierra prometida» y que hace tantos años deseaba conocer. Teníamos el plan de permanecer aquí lo menos cinco años, y bastante tarea por delante en que ocuparnos los dos durante este tiempo».

Sin terminar la vasta labor que ambos emprendieron y la recolección de datos que ella estaba haciendo para escribir la «Historia del levantamiento de los indios de Bolivia y del Perú en 1780-81», con copias de documentos auténticos recogidas en Bolivia, donde vivieron entre los indios durante nueve años, narración de aquel episodio, que habría de resultar en extremo interesante, la señora Fanny Bandelier ha debido regresar á los Estados Unidos para gestionar que la Institución Carnegie le renueve la pensión, que le permita volver á España á proseguir su trabajo.

¿No es meritoria la labor de esta mujer? Su modestia, sin embargo, le hace decir en una carta: «Cuando se trata de mí tengo que decirle que no soy más que una sencilla mujer que no tiene otro mérito que el de haber tratado de ayudar á su marido en todo lo que fuese posible».

¿Tenía acaso preparación científica para ese trabajo? A esta pregunta contesta que no; sólo tenía quince años cuando, con su madre y dos hermanas, siguieron á su padre á la América del Sur. De esos quince, pasó nueve en un colegio. «Verdad es—agrega—que yo desde muy pequeña tenía muchísima afición al estudio, tanto que mi papá dió su consentimiento para que me quedase en Suiza; y después de tres años de preparatoria en un Instituto, me matriculé en la Universidad de Zurich para estudiar Jurisprudencia. Pero yo me había olvidado de que tenía corazón, y cuando ví los preparativos de mi madre y mis hermanas para el viaje á Lima, Perú, se fueron al agua todos aquellos grandes sueños de estudios profundísimos y sabiduría asombrosa y marché con ellas. ¡Y cuánto me alegro, pues en caso de haberme quedado á estudiar, nunca hubiera conocido á mi esposo!»

Después de aludir á las penalidades y sufrimientos que ambos soportaron en Bolivia, viviendo entre «malévolos indígenas», mientras hacían estudios etnológicos, estudiaban costumbres y tradiciones, revolvían archivos y hacían excavaciones en monumentos arqueológicos, dice con candorosa sencillez:

«Usted ve, señor, que mis méritos son bien pequeños, y me parece que lo menos que se diga de mí, mejor; ¡hay tantas mujeres, verdaderamente científicas, que valen muchísimo

más! Que tenga verdadera afición y cariño á esta clase de trabajos no me parece especialmente meritorio cuando considero lo poco que, en cambio, me gusta coser ó zurcir medias».

De desear es que la Institución Carnegie conceda á esta infatigable investigadora los recursos necesarios para proseguir en España sus estudios, puesto que, según confesión propia, no puede por sí sola completar la labor que requiere el desentrañar «la enorme riqueza de material acumulado en el Archivo de Indias».

«Para nuestras investigaciones en este Archivo—escribe en una carta—hemos encontrado en el director, D. Pedro Torres Lanzas, un verdadero amigo, quien nos ha facilitado el trabajo en todos sentidos. Hoy, siento decirlo, se hace muchísimo más difícil la investigación por obstáculos ridículos y mezquinos que alguien ha creado, desenterrando un reglamento anticuado, el cual, entre otras cosas chocantes, exige á todo investigador que deje un duplicado de cada copia que saque de cualquier documento. Ahora dígame usted, señor: ¿para qué necesita el Archivo copias ó duplicados de los documentos originales que en él se conservan? Me dicen también que en adelante se exigirá igualmente á cada investigador un duplicado de cada fotocopia que se saque. Esto es realmente un abuso, pues las tales fotocopias son algo costosas, y se lo comunico á usted para que vea las dificultades que se presentan al que quiere hacer estudios y obtener datos referentes á la historia de América».

Traslado esta delicada queja á la Dirección de Bibliotecas y Archivos para que dicte las disposiciones conducentes á facilitar por todos los medios posibles la impropia labor de cuantas personas estudiosas, así españolas como extranjeras se dediquen á copiar documentos y hacer investigaciones en nuestros archivos y bibliotecas.

No es esto decir que no se den facilidades por los directores, y prueba de ello es la indicación que hace la señora de Bandelier de las que ha hallado en el Archivo de Indias. Y lo mismo puede decir miss Alice B. Gould de las que ha obtenido por parte del director del Archivo de Simancas.

Esta señorita, cuya modestia iguala á su cultura, es hija de un distinguido astrónomo norteamericano Mr. B. A. Gould, el cual, á instancias del Gobierno de la Argentina, se trasladó á dicha República para fundar en la ciudad de Córdoba un observatorio astronómico. Acompañóle su hija Alice, que contaba entonces muy pocos años, y á su larga residencia en aquel país debe su perfecto conocimiento de nuestro idioma.

Por espacio de cuatro años se ha dedicado á investigar y reunir datos referentes á los viajes que hizo Colón por los mares de las Antillas, á los descubrimientos de las islas menores y á los marineros y colonizadores que le acompañaron en sus primeros viajes.

Esta labor de investigación le ha proporcionado algunas sorpresas, pues «como á menudo sucede—dice en una carta—, he encontrado datos y noticias que no eran precisamente lo que yo buscaba, y he podido reunir una curiosa copia de rectificaciones aisladas, que he descubierto al querer comprobar algo distinto. Por ejemplo, durante mucho tiempo he tratado de averiguar qué cantidades se había pagado á los navegantes que regresaron del primer viaje de Colón, y lo que he hallado es una infinidad de detalles, desconocidos hasta ahora, referentes á los gastos de su segundo viaje, así como los nombres de los marineros ajustados para formar su dotación. Con mucha paciencia he buscado «documentación» respecto de algunos incidentes de la vida de Cristóbal Colón, y lo que inesperadamente ha venido á mis manos ha sido una noticia de la muerte de su hermano Bartolomé, cuando hasta ahora se ha puesto en duda la fecha de su fallecimiento».

Ya en el Congreso de Historia y Geografía hispano-americanas que se celebró en Sevilla en 1914, la señorita Gould leyó una Memoria relativa á la «Tripulación de las carabelas de Colón en su primer viaje»; y de la concienzuda labor que hace años realiza, escudriñando documentos en los Archivos de Indias, de Valladolid y de Simancas, puede esperarse de ella la publicación de un libro interesante que aportará nuevos datos á la historia de los primeros viajes transatlánticos.

Cuando se vé en España tan amortiguado el amor patrio, cuando los pueblos que á ella deben su originaria existencia se hacen eco de las calumniosas imputaciones de historiadores y escritores indocumentados y parciales, es consolador ver cómo se va abriendo paso la verdad que vindica el nombre de España, merced á la paciente labor de unos cuantos extranjeros, ajenos á nuestra raza, los cuales buscan y encuentran la semilla de esa verdad, unos en nuestras propias alacenas bibliotecarias, y otros recorriendo y estudiando, á la luz de la etnología, los pueblos descendientes de los que hallaron en América los españoles. Sólo así pueden conocerse y presentarse en su verdadero aspecto los hechos de la Historia; y los hijos de España y los oriundos de ella que sientan amor por la madre Patria, han de ver con gratitud y orgullo cómo de un país que, por razones políticas, le ha sido hostil, surgen personas doctas que, con su autorizada voz, la defienden y la ensalzan.

Es que á través del tiempo, y á pesar de todas las campañas, la verdad se abre paso y la justicia de la Historia halla espíritus rectos, que rinden á España el homenaje que se la debe por su labor universal. Puede decirse, con mucha razón en este caso:

«Para verdades, el tiempo, y para justicia, Dios».

«Para verdades, el tiempo, y para justicia, Dios».



Mr. Adolph F. Bandelier y su esposa, la Sra. Fanny de Bandelier, que han hecho profundas investigaciones históricas acerca de nuestra colonización en América



FOTS. PINARD

ARTURO CUYAS

: CUENTOS :
MODERNOS

LA CONQUISTA

Es una tarde calurosa de Madrid, en esa hora indecisa en que hay todavía una vaga luz opalina en el horizonte y empiezan a brillar los puntos rojizos del alumbrado. Por la ancha acera de la calle de Alcalá se sucede, lenta, la procesión de paseantes: familias burguesas con los niños delante; jovencuelos que van en bandadas, manoteando, bromeando; hombres maduros que hablan, se paran un momento, vuelven a andar y vuelven a pararse otra vez, discutiendo la guerra, la política ó la estocada de Belmonte; damiselas equívocas, que caminan deprisa, lanzando ojeadas furtivas, exhibiéndose en la hora de los casados. En el centro de la



calle, los timbres de los tranvías, las bocinas de los automóviles, el ruido de los coches, forma un rumor heterogéneo y confuso que, sin embargo, es uno, es una voz: la voz de la ciudad en su desahucio vespertino, tras el calor y la fatiga de la jornada estival.

Los dos amigos están sentados en los sillones de mimbre de la acera del Casino. Miran pasar, pasar la gente,

nía la misma regularidad de proporciones que el cuerpo escultórico. El pelo, negro y rizado; los ojos, negros también, ardientes é imperiosos, y la boca, encendida y pequeña, animaban con un matiz de pasión y de vida aquel rostro que, sin eso, de puro perfecto hubiera resultado frío, imagen de figurín ó de cromo. Iba toda de blanco, como un reto que su hermosura hiciese á la plenitud de su lozana madurez. Muy elegante, pero con tal cual matiz de esa penumbra de las modas donde se confunden lo cocotesco y lo señorial. Al pasar, una sonrisa dilató la boca fresca y carnosa de la bella, que hizo una leve inclinación de cabeza, contestando al saludo que iniciaba Garcés, ese saludo intermedio, que no es la reverencia cumplida á la dama, ni el gesto familiar. ¡Oh, gradación de los saludos! Se podría escribir un tratadito de psicología sobre las variedades del saludo.

El español no se quita fácilmente el sombrero. Se lo quita con pulso y cautela, para no despilfarrar la cortesía. ¿Es la herencia etíquera de los tiempos en que dos hidalgos andaban á cuchilladas por si me trató de merced, siendo señoría? ¿Es acaso el miedo de los tímidos á parecer demasiado serviles ó demasiado ignorantes, á no estar en el secreto? Sobre todo, ¡ese medio saludo á la mujer equívoca, que es señora y no es señora del todo! Se ve la vacilación del hombre que no se decide á ser cortés ni á ser grosero, y que prefiere parecer poco educado á que le juzguen can-

más, el lance es vulgar. Conoció á esa mujer en paseo. Me pareció fácil. La juzgué una entretenida, como se dice en el argot del mundo galante. Toda la vida he sido reservado en cuestión de mujeres. He pensado siempre que, en cualquier aventura, por trivial que sea, hay una parte de nuestra intimidad, que no debemos desnudar en público, con impudor grosero. Los hombres que cuentan sus conquistas ó describen los encantos de las mujeres que les han concedido ó arrendado sus favores, me parecen tan mal educados como los que eructan en público. Esta reserva mía, acaso exagerada, me impidió hacer averiguaciones puntuales de quién era mi hermosa desconocida. Además, siempre he sido un romántico y no me arrepiento, porque el romanticismo nos hace paladear algunos delicados sabores de las cosas que ignoran los hombres equilibrados y prácticos. Por eso experimentaba cierta voluptuosidad en conservar el misterio.



pasar la vida. Ambos son ya maduros, canosos. Uno, Garcés, es flaco, enjuto, consumido por los climas tropicales, por largos años de Cuba y Filipinas, donde hizo su carrera, y dicen que su fortuna. El otro, Alvear, robusto, musculoso, tiene el cutis fresco y joven de los hombres endurecidos por la hidroterapia y los deportes. Los dos gozan de lo que se llama una buena posición, la *aurea mediocritas*, la holgura del vivir que á los hombres de trabajo les llega generalmente tarde como todos los bienes de la vida, tardos en acudir á la cita que les dan los deseos. Tal vez se presenten, cuando ya el deseo, que les esperó largas horas, palpitante se fué, desalentado.

Gozan los dos amigos en este instante del placer de la contemplación, que es uno de los placeres de los viejos y de los que empiezan á envejecer. El aprendizaje de los ojos, de la visión interior y también de la interna, se hace muy despacio. Suele ser al declinar de la vida, cuando el espectáculo del mundo y el de nosotros mismos adquiere una voluptuosidad penetrante, un sabor desconocido en los años de la mocedad, cuando la acción nos absorbe y no hemos aprendido aún á pararnos á ver. La dulzura del vivir se hace más intensa cuando no caminamos ya impetuosamente hacia lo futuro, y el hombre gusta de detenerse y quisiera volver atrás. Para ello no tiene más que una senda, imaginaria por supuesto: el recuerdo.

La conversación rueda indiferente, lenta. Hay más pensamientos y más imágenes que palabras. De pronto interrumpióse. Pasaba, atrayendo las miradas, una mujer arrogante. Alta, de formas llenas y armoniosas, tenía cierta majestad de estatua, animada por el ritmo de la marcha airosa. La cara, redonda, de palidez mate de nardo, te-

dido. Hay en ese saludo á medias un vislumbre de la relación de los sexos en un país de hombres dominados por el miedo al ridículo, y de mujeres apasionadas y conformes con ser, en el fondo, odalisca.

—Buenas amistades tiene usted—dice Alvear, dando una palmada en el muslo á su amigo y soltando una risa sonora, de hombre sano y vulgar—. Es de primera...

—Amistad, psé...—contesta el otro—. La debo uno de los peores ratos de mi vida. ¿Usted se acuerda de mi cuestión con Federico? Ella fué la causa, bien impensadamente, por mi parte. La he guardado mucho tiempo rencor. Tener una cuestión estúpida con nuestro mejor amigo, batirse sin animosidad, sin pasión, es desagradable. Cuando media el amor, bueno. Es un sentimiento primitivo que nada respeta, que se ha quedado fuera de la civilización, como dice un personaje de no sé qué comedia francesa. Por amor hacemos todas las tonterías y hasta todas las canalladas imaginables, sin vacilación, ni pesadumbre. Pero no había amor.

—Cuenta usted, cuente. No sabía nada. Eso promete ser interesante. Pero no invente, ¿eh?—interrumpió Alvear.

—¿Inventar? No tengo chispa para ello. Adé-

en perseguirla sin saber quién era. Empecé á asediarla. La envié carlitas, ramos de flores, traté de hablarla en la calle, pero no me hizo caso. Tropezaba siempre con la misma repulsa: que hiciera el favor de retirarme, que no insistiera, que no podía ser. Excuse decirle que esta resistencia

aumentaba mi deseo, y como los hombres tenemos siempre una inagotable vanidad de machos, una mirada, una sonrisa furtiva, un movimiento de la mano, arreglando el peinado, cualquier gesto que sería involuntario, me hacía pensar: «pero, señor, ¡si esta mujer se tima!» Y volvía á la carga. Y otra vez volvía á recibir calabazas.

Así, pasando el tiempo, llegamos á ser antiguos conocidos, sin habernos hablado diez minutos. Yo no sabía de ella más que su nombre y las señas de su casa, que no me decían nada. Los informes que había recogido de una manera indirecta y vergonzante, disimulando mi interés, eran contradictorios. Viuda, decían los unos y añadían alegre; casada separada, otros; amiga de un señor que se recataba mucho, ¡vaya usted á saber!

En el teatro, en cualquier parte nos descubríamos en seguida y casi nos buscábamos con los ojos, por la fuerza de la costumbre. Probablemente, se diría ella: «ahí está ese pelma». Y yo me decía: «ahí está esa presumida» pues la guardaba resentimiento por sus repulsas. Pero seguía hallándola hermosa y deseable y no me hubiese hecho de rogar si se hubiera mostrado accesible.

Al cabo, la creí ganada. Fué una noche en los

Jardines. La ví sentada junto al kiosco, hablando con Arista. Iba, como siempre, con esa dama de compañía, perpétuamente de negro, que creo que es una tía ó una prima suya, una parienta pobre. Una silla providencial, me esperaba vacía.

Sin reparo de ser indiscreto, pues no me representaba á Arista, con su barrigón y sus sesenta y pico, en actitud de conquistador y menos de una dama tan zahareña, como mi desconocida, me acerqué y fui insensiblemente ingiriéndome en la conversación.

Ella, en lugar de mostrarse reservada y glacial, como otras veces, me daba pié. El hielo estaba roto. Y sin embargo, en aquella mujer que charlaba por los codos, y que parecía querer envolverse blandamente en sus mimos, notaba yo algo extraño, forzado, que sonaba á falso. Pero la satisfacción de juzgarla vencida, el amor propio, la seducción de su hermosura, me impedían discernir bien aquella vaga sensa-

una broma grosera, un atrevimiento con aquella mujer elegante, que desentonaba en el lugar, y luego la pendencia ridícula con el indocumentado que se atreviera. Pero ¿cómo negarme á su capricho la primera vez que la encontraba tratable? «Tengo curiosidad de ver qué gente viene aquí; ¿creerá usted que no he estado nunca?», me había dicho. No, no lo creía; pero en fin. Al cabo, con gran alivio mío, subimos á uno de los gabinetes particulares. La música chulesca del organillo, el contagio del lugar, el espectáculo de las parejas bailándose estrechamente el *agarrao*, juntándose al incentivo picante de la aventura, me iban quitando la máscara ceremoniosa de la cortesía. Dejando á un lado la actitud reservada y platónica que había adoptado por cautela, para no echarlo á perder, precipitando las cosas, la pasé el brazo por la cintura. Me rechazó áasperamente. «¡Déjeme usted en paz! Me está usted poniendo nerviosa». ¿Qué extraña mujer

la gente de los comedores cercanos, que se había asomado al oír las voces, le vejaba profundamente y estalló contra mí:

—¿Con que eres tú quien la ha traído? Lo que has hecho es una canallada, indigna de un caballero y de un amigo—y avanzó hacia mí con la mano levantada.

Nos separaron, evitando un pugilato lamentable. Y la mujer, sofocada, roja, atusándose el pelo ante el espejo, se volvió hacia mí y me dijo:

—Ahora, vamos donde usted quiera.

Lo mismo que á mí le hubiera dicho á cualquiera en aquel instante. Era el despecho; el afán del desquite inmediato...

Mi ilusión se había evaporado. Comprendía que aquella mujer me había utilizado como un acompañante para sorprender al infiel. Cobrar-me, siendo un mero instrumento de venganza, aunque la venganza fuera deleitosa, no me se-



ción de fingimiento, de comedia. Por otra parte, yo no me la figuraba loca por mí ni mucho menos. Creía sencillamente, que su cambio de actitud quería decir: «pase usted adelante».

—No sé qué me pasa esta noche—dijo ella—; tengo ganas de hacer locuras. ¿No les parece á ustedes que esto está muy aburrido? Les voy á decir á ustedes un secreto. Si un amigo me invitara á dar una vuelta por la Bombilla, como amigos ¿eh? creo que no le diría que no. Se figurará usted de mí horrores—añadió dirigiéndose á mí.—No me haga usted caso. ¡Cuando les decía á ustedes que esta noche estoy en vena de locuras! No sé qué me pasa.

Aprobé, entusiasmado. Arista, hombre metódico y poco trasnochador no se mostraba encantado del proyecto. Al cabo fuimos ella y yo los que emprendimos la excursión á la Bombilla, que á mí se me figuraba viaje á Citeres ó á Corinto. Entramos en casa de Juan. Algo violento, la acompañé á dar una vuelta por el jardín, entre chulos, señoritos juerguistas y daifas de diferentes pelajes, más malos que buenos. Temía

era aquella? ¿Se estaría burlando de mí? ¿A qué había venido?

Dos ó tres veces salió del cuarto con diferentes pretextos. Parecía inquieta, preocupada y no se cuidaba de disimularlo. Me iba pesando ya la aventura. De repente, en una de sus salidas, oigo su voz ronca, atragantada de ira, gritando en el pasillo: «¡Canalla, perdido! ya sabía yo que te encontraría con esa golfa!» Y otra voz de mujer, la de la golfa aludida, contestaba en el mismo tono, con desgarró. Salí. Me parecía demasiado cobarde quedarme en el cuarto ó tomar las de Villadiego. No había más remedio que intervenir en aquel escándalo que me tenía abochornado y violento.

Parecía otra. El barniz señoril había desaparecido. Estaba al nivel de la chulilla—muy descarada y muy linda—que la contestaba, sin intimidarse, pronta á agarrarse con aquella rival de *postín*. Pero lo que me dejó helado fué ver al hombre á quien se disputaban las dos beldades. Era Federico, mi compañero de colegio, mi amigo de toda la vida. La escena, presenciada por

ducía. Además, estaba por medio Federico.. Preferí tomar yo también mi desquite de corrección desdenosa.

—Ahora—contesté—la dejaré á usted en su casa, si gusta; á menos que prefiera usted ir á buscar á Federico.

—¿Yo buscarle? Gracias.

Volvimos silenciosos. Me despedí á la puerta. Al día siguiente, Federico y yo, ya serenos, nos batimos, por el ¿qué dirán? Había habido amago de vias de hecho. ¡Figúrese usted! Pero los dos teníamos más ganas de abrazarnos que de pasarnos de parte á parte. Ahí tiene usted mi conquista.

—Pero, ¿cómo no sabía usted que Federico y ella?...

—Federico tiene el mismo carácter que yo, poco expansivo. No se presentaban juntos. Me pasó lo que á los maridos. Fui el último en enterarme y á mi costa.

E. GÓMEZ DE BAQUERO

DIBUJOS DE BARTOLOZZI

DE OTROS TIEMPOS: LA CARICATURA EN LOS LIBROS DE DEVOCIÓN

EN sus *Curiosités esthétiques*, afirma Baudelaire que «una historia general de la caricatura en sus relaciones con los sucesos políticos y religiosos que han agitado a la humanidad es una obra gloriosa é importante, digna de tentar á los historiadores».

Nada más cierto. Leyendo lo que en este sentido han hecho Champfleury, Witkowski, y Maerlinck, se vé que la Historia de la Caricatura será la verdadera historia íntima de los pueblos. Eso sí, la historia más desvergonzada por ser la más real, de este pícaro mundo. ¡De cuántos sucesos importantísimos sabríamos la verdadera causa que hoy nos ocultan los sacerdotes de Clío á través de vaguedades y conjeturas.

Todos los vicios, todos los pecados, han sido representados por los pintores y los escultores.

En lo antiguo, las esculturas y las pinturas licenciosas encerraban un símbolo mitológico ó religioso. Rara vez las *obscure*, al principio eran estímulo ni apología del libertinaje. Así el signo del culto priápico estaba considerado como un talismán.

La repetición de este signo en metal y en marfil lo mismo que los frescos, las estatuas, los bajorelieves, las medallas y los camafios representando actitudes pasionales y escenas de disolución quizás no sean tanto testimonios de la depravación de una época, como del escándalo que causaban. Solamente al arte moderno le estaba reservada la reproducción de lo vulgar y de lo corriente. El arte antiguo sólo se empleaba en lo extraordinario que la realidad ó la imaginación inspiraban. De ahí mi opinión de que las pinturas y las esculturas licenciosas, más que ser reflejo de las costumbres de la época, lo fueron de episodios, de sucesos extraordinarios que por escandalizar ó impresionar al pueblo, creyeron los artistas dignos de perpetuar la memoria y la ejemplaridad. Ya sé que esta opinión parecerá muy singular á los que sólo tienen la de la rutina, pero á mí no me importa que lo parezca. Si por la pintura y la escultura de hoy, hubiesen de juzgar los siglos futuros de la moralidad del presente, nos crearían hijos de una época paradisiaca.

Salvo algún desnudo tonto é insípido—pues los artistas de nuestro tiempo, los poquísimos que osan expresar la majestuosa belleza del desnudo, ni poseen la gracia, la elegancia y la armonía de los antiguos, ni saben imitarla ni sienten ese supremo y difícilísimo arte, para el que hay que nacer como para ser poeta, porque *el que no nace, no se hace*, por muchos maestros y modelos que se procure, por mucha afición que tenga y por mucha técnica que domine; y los españoles menos que ningún otro quizás por atavismo, pese á las benevolencias de José Francés que constantemente aplaude y alienta tentativas muy mediocres en tan preclaro arte, que no necesita incubadoras pues ha de ser hijo de la raza, ó no puede existir; sin considerar en su amor á la belleza que el desnudo por el desnudo equivale al

desnudo por la tontería ó por la obscenidad, nunca al desnudo por la Estética—salvo algún desnudo tonto, vuelvo á decir, ¿quiere decirse me qué pecados, qué defectos, qué vicios retrata el arte de nuestros días? A juzgar por la pintura y la escultura, vivimos en una insulsa Arcadia.

Y sin embargo, ahí está toda la literatura contemporánea exhibiendo vicios, defectos y anomalías de los individuos y de las colectividades, desmintiendo á los pinceles y á los buriles. Hasta la misma caricatura de hoy, por lo general—y me refiero principalmente á la española—más que casta es hipócrita. No siempre la continencia ni el desenfreno de los pintores y de los escultores debe tomarse como reflejo de las costumbres de su tiempo. Díme de qué blasonas y te diré de qué careces, suele decirse á los individuos: igualmente puede decirse al arte, en muchas épocas. La frase de Champfleury «toda la vida del pasado se desarrolla viva, clara y animada gracias á la escultura y á la pintura» no debe tomarse al pie de la letra. Para ver esa vida habrá frecuentemente que interpretar lo contrario de lo que dice el arte de una época. Sobre todo en las que sean como esta de la hipocresía, del falso rubor, en que todos, más que á ser buenos,



Caricaturas de un misal del siglo XV

túrgicos del siglo XIII que se haya hojeado, se sabe que la musa del dibujante se deleita en las imágenes profanas aun al margen de los oficios más solemnes.

En un misal de Reims y que se supone perteneció á San Nicasio, se vé una escena más propia de un libro de tología que de religión: el nacimiento de la Virgen.

Un fragmento de la ornamentación de otro misal del siglo XV, muy lindo por cierto, muestra dos amantes dándose un apasionado beso. Esta miniatura está en la orla del oficio de la Purificación de la Virgen María.

En el palacio de Lambeth, residencia ordinaria de los arzobispos de Cantorbery, se exhibe un misal que lleva la fecha de 1415, y cuyas márgenes están ornadas con arabescos y grotescos muy singulares. Lo más notable de todos estos adornos, sea por la idea que representan ó por el sitio en que se hallan, son dos nalgas masculinas sobre dos piernas y coronadas por una cabeza. Esta figura está colocada precisamente bajo el canon, es decir en el sitio donde se abría el misal, según la liturgia romana.

En muchos *Libros de Horas* manuscritos se ven retratos de personajes de ambos sexos: los originales, propietarios del volumen se habían hecho pintar en actitud orante, arrodillados ante la imagen de Cristo, de la Virgen ó de los Santos.

En otros *Libros de Horas* se vé retratada á la dama de los pensamientos del dueño del volumen. Las amantes obligaban á ello á sus enamorados para que las tuviesen constantemente ante su vista, por miedo á que las olvidasen.

Hay que advertir que los *Libros de Horas* no eran solamente libros de devoción. Como los misales y demás libros religiosos, estaban adornados con armas, divisas y cifras de los personajes á que pertenecían. Pero eran además con mucha frecuencia lo que son hoy las agendas. ¿A qué obedecía esa licencia y cómo se la toleraba?

La ornamentación de los manuscritos fué siempre considerada como un trabajo aparte sin ninguna conexión con el libro que se iluminaba. Los detalles de las miniaturas divertían ó admiraban á los que hojeaban el manuscrito, sin que el lector ingenuo se preocupase del texto.

La libertad de las costumbres hacía tolerable lo que hoy nos parece licencioso, porque á través de una obscenidad se veía una sátira contra un pecado ó un sentido religioso ó místico.

La Iglesia lo toleraba también porque iguales ó peores cosas—peores dado como las interpretamos hoy que no es precisamente en el verdadero significado que el artista les dió—tenía que tolerar en las piedras de los templos y en la talla de las sillerías del coro.

La época era de triunfo para la sátira. La caricatura lo invadía todo y hacía resonar bajo las naves de los templos, el cascabeleo escandaloso de sus burlas sin freno. Permitíalo una noción del pudor distinta de la que se tiene hoy. No escandalizaba la pintura grotesca del pecado; pero se tenía más horror á pecar.

Al revés que hoy en que si todo puede hacerse, con tal que se haga con la mayor hipocresía, no todo puede decirse.

E. GONZÁLEZ FIOL



Libro de coro del tiempo de Isabel la Católica y que se conserva en la Mezquita de Córdoba

tendemos á parecerlo, y más que el vicio, sentimos el farisaico horror del escándalo.

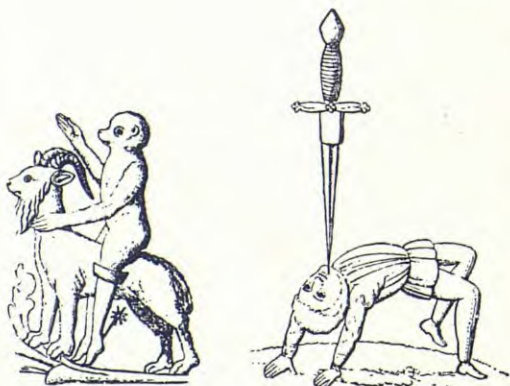
La inocencia y la ingenuidad no se escandalizan de nada: por eso se parecen tanto á la desvergüenza. En la Edad Media y bien entrada la Moderna aún, el arte es ingenuo. De esta ingenuidad artística no se escapan ni las iglesias ni los libros de devoción.

Los manuscritos piadosos llamados *Horas*, están ornados de miniaturas que ofenderían hoy el pudor menos sensible. No es raro encontrar un *De profundis* ó un *Miserere* trazados entre un mono en la más afrentosa actitud y una figura grotesca. En la orla de un *oremus* ó de un *psalmus*, un prelado frente á frente de un cerdo erguido sobre las patas traseras y condecorado con las insignias episcopales. En unas *Horas*, que habían pertenecido á la reina Ana de Bretaña, la virtuosa esposa de Luis XII, se veía un mono mirado imponiendo sus manos á un hombre prosternado ante él.

Nuestro emperador Carlos V á quien no se puede tachar de irreligiosidad, había hecho confeccionar para su favorita unas *Horas* en cuyas orlas se veían monos aplicándose enzimas y haciendo las monerías más escandalosas. Los *iluminadores en oro*, como se llamaba á los miniaturistas, se permitían todas las audacias.

En dos manuscritos de la *Biblia Sacra* existentes en la *Bibliothèque nationale* de París, se presenta á Lot entre sus hijas que le enseñan un rorro cada una. El artista para librarse de la pintura del suceso representa solamente las consecuencias...

Se probaría enseguida que uno está poco familiarizado con el espíritu de la Edad Media si objetase que la Iglesia no debió haber tolerado semejantes asuntos. Por pocos manuscritos li-



Caricaturas de un misal del siglo XV



FERNANDO PERIQUET

EL estreno de «Goyescas» ó los majos enamorados», celebrado en el teatro Metropolitan Opera-House de Nueva York, el 28 de Enero, de Granados y Periquet, ha sido un éxito enorme, según vemos en los principales periódicos de la capital neoyorkina.

Los críticos más autorizados, entre los que descuellan William S. Henderson, del «Sun»; Finch, del «Evening Post»; Aldrich, del «Times»; y Ureña de «Las Novedades» consagran artículos encomiásticos a la obra de Granados en los que reconocen las cualidades salientes de la música de «Goyescas». Encanto y novedad en las ideas melódicas, riqueza de color y movimiento escénico, habilidad en la escritura polifónica, formas instrumentales vigorosas, sonoras sin estridencias y de marcadísimo ritmo español sin vulgaridades, la armonía distinguida, el estilo noble y elevado, tiene interés, emoción, fuerza dramática, poesía. El coro canta casi siempre—dice Henderson—y el diálogo de los protagonistas se desarrolla sobre un fondo de multitud de voces; el encanto del primer cuadro—escribe Finch—está principalmente en los coros llenos de vita-



La ópera «Goyescas»



La Srta. Fitziu y el Sr. Martínelli, en el tercer cuadro de «Goyescas»



MAESTRO GRANADOS

música española. Después del triunfo de «Goyescas», habrá curiosidad por conocer otras obras de autores españoles y eso habrá ganado el arte nacional.

El entusiasmo patriótico y de raza se ha manifestado en Nueva York con motivo del estreno de la ópera de Granados, con la fuerza y la intensidad con que se manifiesta cuando se oye en la populosa vecindad norteamericana al enorme Casals, que ha dado varios conciertos con Granados y la Barrientos, á nuestros eminentes violinistas Manen y Quiroga ó se admira á nuestro gran Sorolla.

El triunfo obtenido por Periquet y el maestro Granados con su obra «Goyescas», exportación legítima de las costumbres españolas, fué grandioso. Los autores salieron al proscenio más de veinte veces y fueron aclamados con entusiasmo por el público, que también les obsequió con coronas cuyas cintas eran de los colores americanos y españoles. Fernando Periquet besó devotamente nuestra bandera y se olvidó por un momento de ser artista para sentirse únicamente español.

R. V.

lidad rítmica. El *intermezzo* es una de las páginas más inspiradas de la partitura de Granados, en opinión del crítico citado.

Las danzas del cuadro segundo y la canción del ruiseñor son fragmentos salientes y produjeron delirante entusiasmo en el público.

«Al alzarse el telón—dice Ureña en «Las Novedades»—nos sorprende la admirable polifonía vocal con que acompañan majos y majas el goyesco manto del pelele. Las voces sintetizan el canto de ritmos fascinadores, en hermosa variedad, renovada siempre de efectos corales, que iluminan en brillante *climax*, á la entrada de Pepa, la maja popular. Con la intervención de Rosario y Fernando, los protagonistas de alta alcurnia, cambia parcialmente el carácter de la música; pero los personajes aislados no llegan á dominar en el conjunto; como en «Boris Godunov», como en «El Príncipe Igor», el coro es el héroe principal en el primer cuadro de «Goyescas».

«Si el pueblo es quien impera, con su canto, en el primer cuadro, impera también con sus danzas en el segundo, desde el fino arrullador *intermezzo* (declarado superior al de «Cavalleria Rusticana»). El baile español, incorporado por el artista español al drama musical, se impone triunfalmente acompañado con los estrepitosos palmoteos y de los ruidosos *joles*!

«El pueblo desaparece en el cuadro tercero, y solo se le recuerda de paso, hacia el final, cuando por el fondo cruzan, amenazadores, el torero y la maja. Si en los dos cuadros primeros tuvo la música fuego y color, en éste la enamorada triste habla al ruiseñor solitario... Luego, el amante, el coloquio de pasión, la despedida, y, súbita, inesperada, la muerte».

La interpretación de «Goyescas» fué irreprochable y produjo el efecto deseado por los insignes autores. En primer término la bella soprano norteamericana señorita Fitziu y el tenor señor Martínelli, protagonistas, en sus papeles de Rosario, duquesa y Fernando, capitán de guardias reales, y la Peri y De Luca en los suyos de Lola, maja y Paquiro, torero, estuvieron admirables, cantando en castellano la partitura del ilustre músico. Dirigió la orquesta, compuesta de 210 profesores, el reputado maestro Ravagnoli.

Un decorado espléndido, pintado por el escenógrafo Boresealli, de la Scala de Milán que estuvo en Madrid haciendo los bocetos, completa con los trajes, copia exacta de los cuadros de Goya, la magnificencia de la presentación de la obra de Granados y Periquet, llena de visualidad y carácter de época, evocadora de la realidad. El triunfo de Granados en Nueva York es de una importancia capital para la



Ana Fitziu, en «Goyescas»

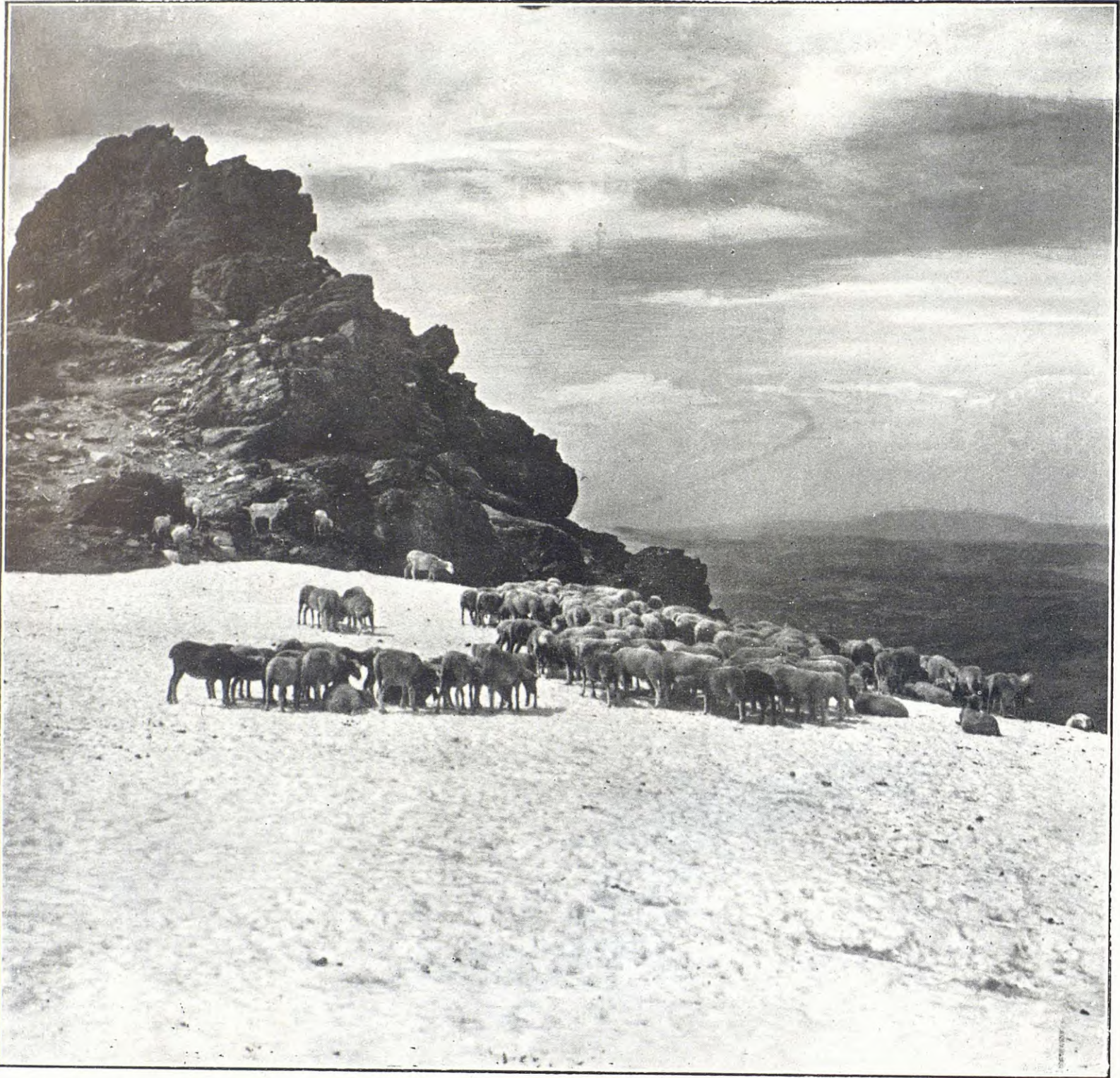


De Luca, en «Goyescas»



UNA ESCENA DE LA ÓPERA ESPAÑOLA "GOYESCAS", DE LOS SRES. PERIQUET Y MAESTRO GRANADOS, ESTRENADA, CON ÉXITO GRANDIOSO, EN EL TEATRO METROPOLITAN, DE NUEVA YORK

EN LA CALMA DE LA ALTURA



A sí debió ser la tierra el primer día! Una llanura inmensa, sin límites, que se dibuja en el fondo, un poco vagamente, más bien como si aquella tierra que se divisa desde esta cumbre, fuera una tierra irreal, soñada, algo que no pertenece al sitio en que estamos. Solo así, la llanura, un poco esfumada por la niebla, hace el milagro de alejarnos, elevándonos sobre la ingente cumbre del picacho.

Allá abajo, en la planicie pululan el dolor, el odio y la muerte, pero nuestros ojos no lo perciben, agotados de distancia, deslumbrados de altura y engañados de ilusión: sobre la cumbre, la ilusión se adueña de nosotros, y con su poder de brujería, nos finge...

¡Así debió ser la tierra al nacer!

¿Quién al sugestionador encanto de esa grandiosidad de altura, no siente en el alma las garras de los infinitos deseos? En el borde de esa roca, que guarda en sus gráficas entrañas las misteriosas revelaciones de la inmensidad y los siniestros secretos de las tempestades, sentireis al poner sobre ella la planta, la suprema iniciación. Desde su lomo crespo contemplareis ante sí, lo extenso, lo inacabable; os asomareis, una vez solamente en vuestra vida, á la eternidad. Luego, cuando descendais, ya no vereis, como antes, porque la cumbre os habrá purificado.

Mas temed esa purificación, porque al descender de la altura, os dejareis allá arriba, en lo más elevado de su cumbre, el alma, aquella alma que entregásteis al ensueño de la altura, y que encadenada como Prometeo á la roca, no os será dado recuperar jamás.

¡Así debió ser la tierra en su principio! Ved ese rebaño que padece, libre de todo temor, como si todavía no hubiere conocido el yugo del hombre. Su reposo es tan absoluto, tan confiado, que dice bien, que en esa altura no hizo aún su presencia el enemigo lobo. Es esta la manada primitiva que agrupó el bien común y no la codicia cruel del hombre. Aún entre ellos no sonó el vagido de la víctima sacrificada brutalmente ante la manada esclava que escucha temblosa sin comprender la causa, aquel quejido de dolor que va ahogando lentamente la sangre que surge de la acuchillada garganta. Ved como su reposo dice que no han conocido la amistad del hombre.

¡Así debió ser al principio la tierra! Una sublime soledad no turbada por la presencia de huéspedes terribles. Una soledad infinita y diáfana; una soledad de altura, tan elevada, que la voz se perdía sin eco en el ilimitado espacio que todo lo acalla, que todo lo aquietaba; porque en su augusto reposo nada es bastante grande para turbarlo.

¡Así debió ser la tierra cuando nacía! Así debió ser también, como este paisaje de altura, aquel en que vivieron puros de alma y desnudos de cuerpo los inocentes y bellos amores de Dafnis y Cloe ó el alma primitiva y grandiosa de Manelik, el hombre que vencía á los lobos.

En esta altura majestuosa por la que cruza sin maldad el rayo que tronó en la planicie y dijo la primera vez á los hombres que en la encelada cumbre había nacido el águila, la hija brava de las montañas, cuando ya abajo, en la apretada tierra de la llanura, los humanos y los reptiles habían abierto surcos y sembrado mieses y odios, no se escuchó jamás la voz del dolor, porque en la cima de su cumbre está el límite de la vida y más allá se extiende el infinito, en cuyo borde se erige la esfinge indestructible del misterio...

¡Así debió ser la tierra cuando nacía! Y ved qué sublime reposo debe hallar aquel que al escalar esa cumbre, dé por terminada su jornada en la vida, y se entregue á la Eternidad.

¡Sólo en esta altura podeis abrazaros con la muerte sin que os quiebre el gesto la mueca corbada del dolor!

FERNANDO MOTA

FOT. SOL

CUADROS EXTRANJEROS



AUTORRETRATO DE VIRGINIA LEBRUN, existente en la Galería de San Lucas, de Roma



F R I O Y F U E G O

ERA una mujer muy interesante. Alta, pálida, aérea como uno de sus cabellos desprendido, y sobre todo rítmica y flexible, y con los ojos como dos cuervos. La misma tarde que encontré la semejanza entre sus pupilas y las referidas aves de balada, descubrí también el total parecido de aquella danesa morena con un cisne negro. Estaba casada con un diplomático de su país. En uno de trumas conocí yo á la dama y solíamos jugar al entretenimiento español de la galantería retórica. Yo me despenaba de hipérbole en hipérbole y el cisne negro replicaba con una amable donosura. Por ejemplo: una vez pregonaba yo mi envidia por la suerte de una naranja que iba á ser devorada por mi amiga. Cogió ella el globo de fuego y dijo:

—La naranja se ha puesto colorada, con el rubor que le produce la alegría de que no vaya á comerla...

El cisne negro aprendió de los otros cisnes á surcar las aguas sin que se mojasen sus plumas, y de su marido, el engañoso arte diplomático. Resultaban inútiles mis obstinados esfuerzos. En cierta ocasión oí á un filósofo que disertaba en la terraza de un café, y en medio de inexcusables ligerezas sobre casi todos los grandes problemas, afirmó la siguiente máxima, tan profunda, acerca del amor: *No vale pretender abrir la ostra más que por el único punto de apoyo á la palanca. Igual acontece con las mujeres. Siempre fracasará quien de primeras no encuentre la brecha en la muralla.* Confieso que yo perdía lastimosamente el tiempo, caminando bajo el sol y á la luz de la luna, en torno á la fortaleza inexpugnable. Yo daba mis serenatas en la reja de una casa abandonada...

Aquella tarde, busqué la complicidad de un álbum con fotografías de paisajes y tipos andaluces.

En el fondo, halagaba mucho á la danesa la paradógica rareza de sus cabellos y sus pu-

pilas negras. Intenté yo explotar tal particularidad y compuse la fábula de que mi amiga era Zoraida desterrada en las acritudes nórdicas y que debería volver, aprovechando la anual emigración de las palomas salvajes y las golondrinas, á las orillas del Guadalquivir.

Nos hallábamos en un saloncito claro y dorado, íntimo, con los *stores* corridos, la piña de unas rosas blancas en una chimenea decorativa y la fragancia de la carne y las ropas de *madame*.

Sonaban amortiguados en la calle, los rumores de la multitud, las bocinas de los automóviles, la lluvia. Nada tan sibarítico como hundirse en los almohadones de un diván y dejarse acariciar por la tibieza de los disimulados caloríferos y por el arrullo de una voz femenil, mientras se adivinaba á la muchedumbre enfangada y con frío. La evocación de las tierras luminosas y calientes, adquiría la magia de un espejismo alucinador. El cisne negro se desmayaba en una actitud de gasa que cae flotando, de humo que asciende desmelenándose en volutas. Llevaba la amiga un kimono de crespón gris, con unas mariposas negras y plateadas. Se recortaron las mangas y así los brazos exhibíanse como el cuello de dos cisnes blancos que escoltasen al de las plumas como la noche.

—Mire usted, ya hemos llegado á Granada—apunté yo, señalando en el álbum un paisaje con unas piteras en primer término y las montañas nevadas en la lejanía.

—Admirable símbolo del amor es la campaña ardorosa, con su horizonte de tanta frialdad—susurró la danesa—. También los idilios consisten en un valle cálido y florido y hay al final una barrera de hielo...

—¡Oh, esta vega granadina, tiene sus buenas cuatro leguas de profundidad y la pasión de un español... todavía es más honda!

—¡Cosa más rara!—murmuró mi amiga, esquivando la brusquedad de mi ataque—. A pe-

sar de lo que ven mis ojos, yo con los del alma, al oír la palabra Granada, solamente distingo unas torres bermejas...

—Zoraida que sueña en su morería.

—Y otra cosa rara... No sé... La nieve aparta de mi imaginación el recuerdo de los árabes...

—Sin embargo, en Marruecos nieva y ha de ser maravilloso el efecto de la impecable albur en la roña encendida de aquellos caseríos... Sin embargo, uno de los más bellos episodios hispano-árabigos se debe á la nostalgia de las nevadas... Voy á contarle un cuento moro...

—Toca ahora á Scherezada el escuchar...

—El rey moro de Sevilla ha elegido por favorita á la princesa de una tribu nómada y africana, y tanto se aman, que casi aceptaron la ley de la Cruz, *uno para uno*... A pesar de todo, no son felices... El rey ha perdido su dicha, porque no encuentra la de la sultana... La sultana quiere admirar la nieve, como en su niñez errante... ¡Ay, en Sevilla no nieva nunca!

—Y fué el rey y conquistó Granada...

—Cuando un rey se entrega á una favorita, ya no conquista reinos... El monarca sevillano discurrió una treta ingeniosa... Mandó plantar de almendros las riberas del río y al invierno siguiente nevó en la Bética... Una nevada floreal...

—Se acabó la raza de los sultanes galantes y jardineros.

—Ahora la sultana lleva la nieve en el pecho...

—Y separan al rey y á la reina cuatro leguas de vega ardorosa...

—Como las piteras y las cimas granadinas... —Y no hay modo de trasladar las piteras á la sierra, ni la nieve al valle... Trágico, ¿verdad?—El cisne negro se echó á reír y dobló la hoja del álbum y de la conversación.

FEDERICO GARCÍA SANCHÍZ

FOTOGRAFÍA DE SOL

LA RIQUEZA ARTÍSTICA DE ESPAÑA



CÁMARA F. 10

TORRE DE LA IGLESIA DE SANTA MARÍA, DE ARCOS DE LA FRONTERA (CÁDIZ)

ESPAÑA MONUMENTAL

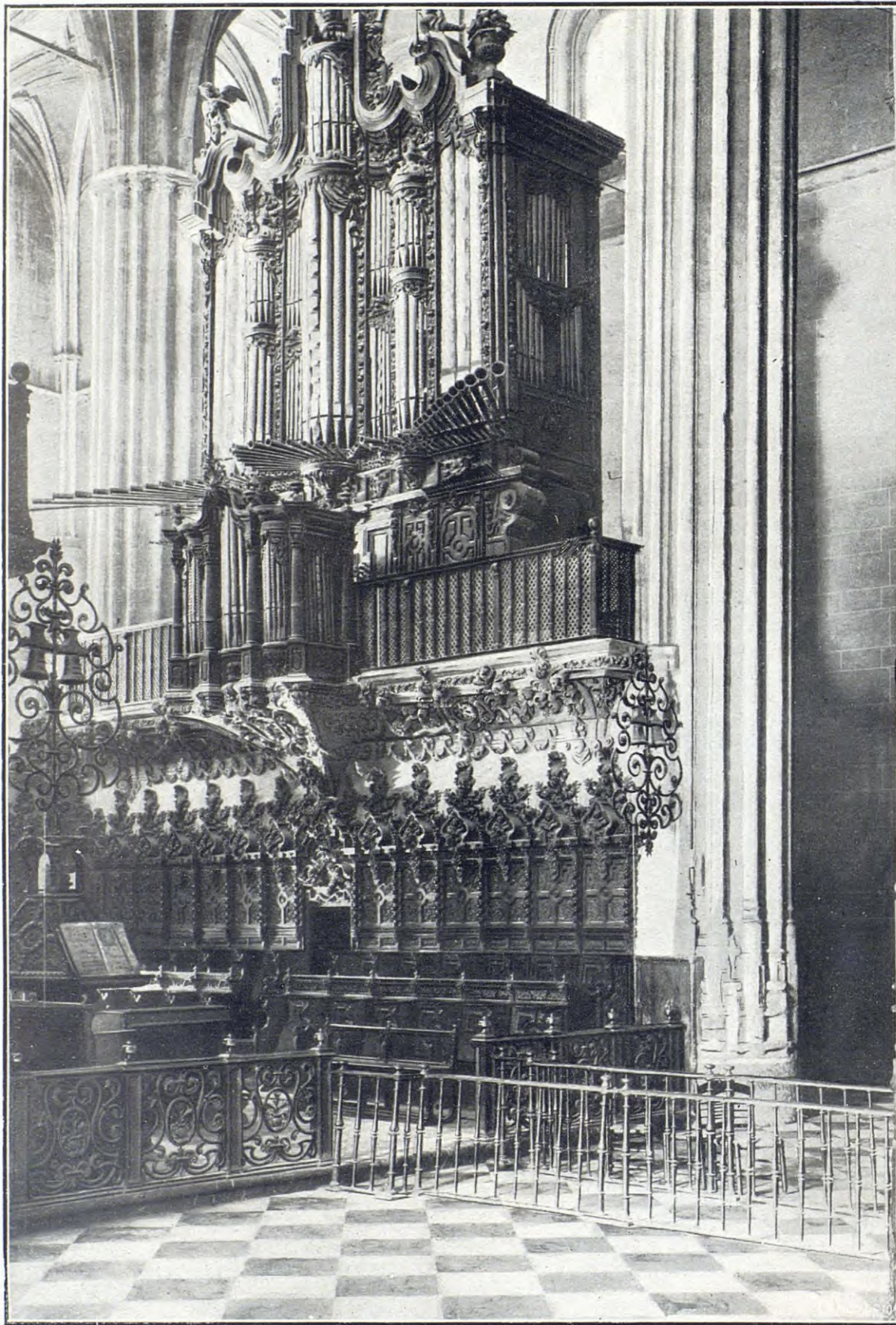
LA IGLESIA DE SANTA MARÍA, DE ARCOS DE LA FRONTERA

EXISTEN en España gran número de pueblos que por su situación topográfica, la excelencia y bondad de su clima, lo variado de sus producciones, y sobre todo, lo artístico de sus monumentos y la belleza incomparable de sus paisajes, merecen especial atención de los viajeros, que acudirían solícitos si tuvieran cabal conocimiento de la existencia de tan desconocidas obras de la naturaleza ó del arte.

Entre los ignorados pueblos á que nos referimos, merece especial mención la antiquísima ciudad de Arcos de la Frontera, en la provincia de Cádiz, á la que se llega fácilmente en auto en una hora desde la cercana y rica Jerez, y para formar una ligera idea de sus bellísimos paisajes y de la riqueza de sus monumentos, bastará pasar la vista por las fotografías que en este número de LA ESFERA publicamos, si quiera la falta de color prive á los fotograbados de uno de sus principales encantos.

Entre las bellezas artísticas que en Arcos se encuentran, hay una notabilísima, aún más que por su mérito, con ser grande, por su rareza, y consiste en un retablo recién descubierto, excelentísima pintura mural del siglo XIII, del gusto bizantino, oculta tras el retablo mayor de la iglesia parroquial de Santa María de la Asunción, excelente obra de talla de los escultores sevillanos Jerónimo Hernández y Andrés de Ocampo, que la terminaron á fines del siglo XVI. Detrás de la obra de los escultores y por ella oculto á todas las miradas, aparece el retablo de la iglesia primitiva, único tal vez en su género, que desaparecerá muy pronto destruido por las humedades y filtraciones del muro del ábside, si una mano protectora y amante de las artes no acude en su socorro, trasladando el retablo de Jerónimo Hernández á otro lugar en la misma iglesia, que lo hay muy apropiado, y restaurando los desperfectos causados en el bizantino por el tiempo y la ignorancia que velaron y no supieron cuidar de la conservación de tanta belleza.

Es lamentabilísimo que por lo sumamente re-



Coro y órgano de la iglesia de Santa María

ducido del sitio en que estas pinturas se encuentran situadas, la máquina fotográfica no haya podido ejercer sus funciones reproduciendo con exquisita fidelidad el maravilloso trabajo de Jerónimo Hernández, pero sin embargo, confiamos en que la reproducción, por medio de dibujo, que ofrecemos á nuestros lectores, bastará para darles una idea del mérito y valor considerables de esta joya artística que, como decimos antes, debe ser trasladada rápidamente de lugar para evitar que se deteriore más aún.

La invencible incuria de nuestros antepasados

no ha dejado documento alguno que fije la época exacta de la edificación del hermoso templo, cuyos principios datan, al parecer, del período visigótico románico. El hallazgo realizado dentro de su perímetro en 1765 de una lápida sepulcral árabe, parece demostrar que fué después mezquita, y conquistada Arcos en 1255, consta de un documento de 1285 que estaba ya en construcción la iglesia de referencia. De ese tiempo debe ser la maravillosa pintura mural, que sirvió de retablo á la iglesia primitiva, hasta que á fines del siglo XVI los vecinos y el clero de Arcos, desconociendo la suprema belleza de aquellas pinturas, las cubrieron ocultándolas á la vista del público anteponiéndolas el retablo de talla, que aunque bueno, no es único en su clase como el del fresco, sino que como él, hay muchos en España.

En ninguno de los archivos de Arcos se guarda documento alguno que indique nada sobre la existencia de dichas pinturas, que han permanecido desconocidas para veinte generaciones, sin que los obreros y encargados de la limpieza del templo, únicos que por sus mecánicas funciones tenían ocasión de verlas, si es que algo veían en la densa oscuridad reinante en el espacio comprendido entre los dos retablos, tan estrecho que apenas deja paso á una persona, llamasen la atención de nadie sobre tan notable obra de arte, hasta que un hijo de aquella ciudad, en algunos libros que escribió dedicados á la historia de la

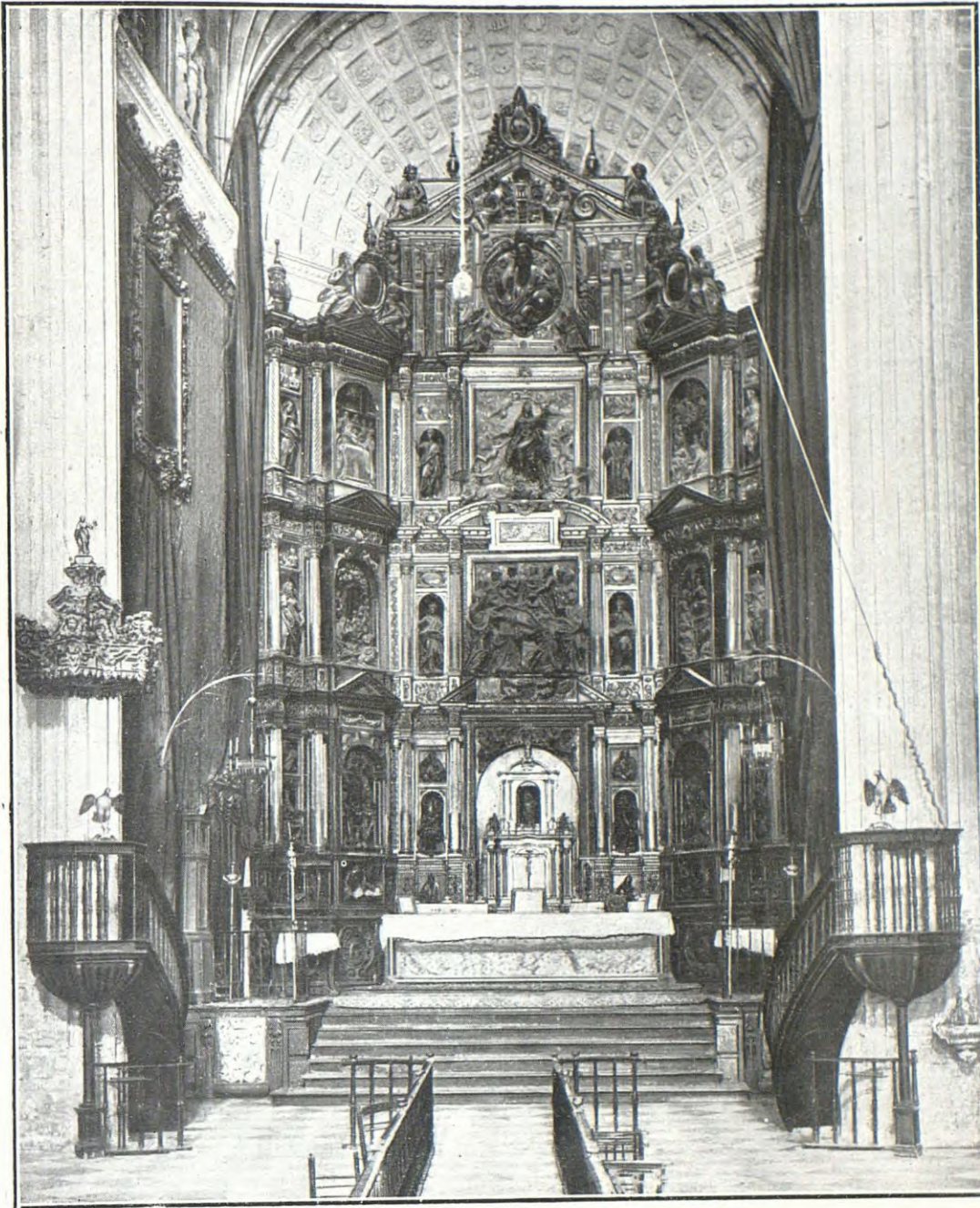
misma, habló del retablo oculto con todo el entusiasmo y admiración que merece, lo enseñó á artista tan eminente como el Sr. Romero de Torres quien quedó maravillado de la valentía del dibujo, de la riqueza de la composición y de la armonía de los colores, siendo á su juicio grave delito contra el arte dejar olvidada tanta belleza que en plazo breve habrá de desaparecer si una mano protectora no acude solícita á remediarlo.

Opinión tan autorizada movió á otro hijo de Arcos á sacar en escala reducida y á fuerza de

trabajos, que solo puede valuar el que ha visto las pinturas y lo estrecho y lóbrego del lugar donde se encuentran, á sacar una exacta copia de aquellas, y de que es muestra el fotograbado que acompaña, que por grande que su perfección sea, jamás podrá dar idea clara y precisa del fresco, de tan acabada delicadeza, como la más preciosa miniatura arrancada de un códice bizantino del siglo XIII.

A ese grabado acompañan otros varios, ya de diversos puntos de vista de Arcos, ya la de su renombrada peña, que no cede en grandiosidad á la tan celebrada de Ronda; ya la de la portada de la iglesia de Santa María terminada hacia 1529, ya la del interior del mismo templo, con su hermoso coro, del siglo XVII, digno de una catedral, como las riquísimas alhajas que en él se guardan.

Y, sin embargo, todas estas bellezas, todas estas maravillas, permanecían ocultas, ignoradas, desconocidas, como permanecen otras muchas que están diseminadas por pueblos y aldeas á las cuales es imposible llegar por lo incómodo de sus comunicaciones, las cuales nadie se encarga de facilitar, sin tener en cuenta que esto, sobre constituir una mejora considerable para los pueblos que las consiguieran,

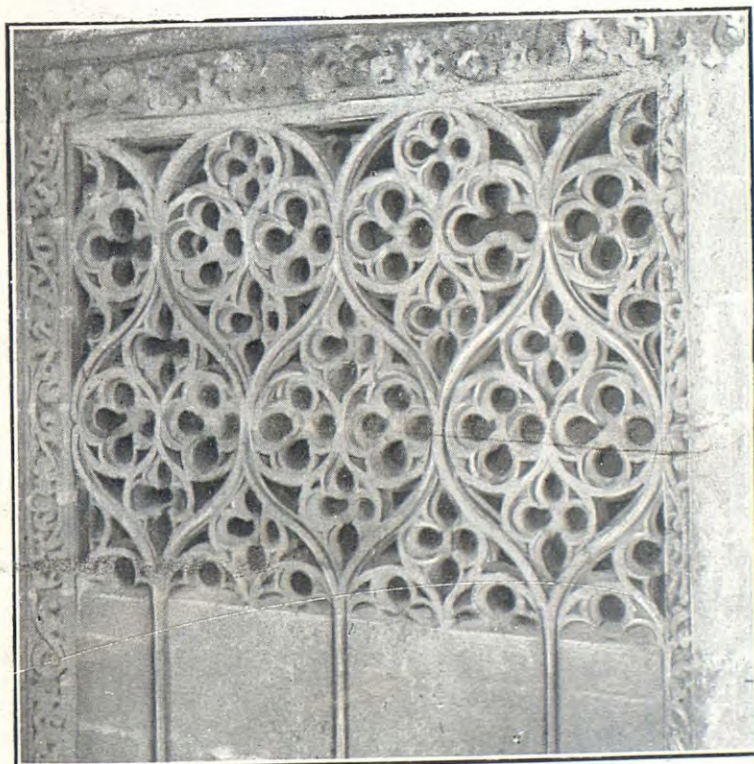


Retablo de la iglesia de Santa María, detrás del cual existen los arabescos y pinturas que reproducimos en otro lugar de esta plana

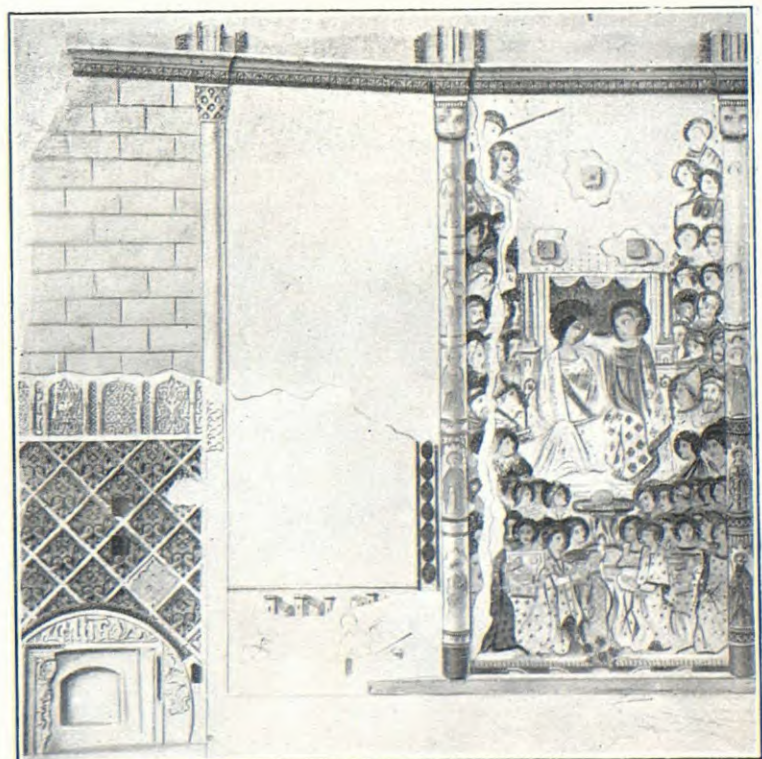
serviría para que saliesen á la pública luz el sinnúmero de riquezas que ahora están escondidas, como antes decimos, en esos ignorados pueblecillos de España, tan numerosos, donde casi podría asegurarse que nadie, sino los indígenas, pusieron la planta.

Y, tras esta breve disquisición que nos ha apartado un poco del curso de nuestro relato, volvamos á él.

Despertado el vecindario de Arcos de su inercia de tantos siglos, sabemos que por medio de su alcalde ha solicitado la protección de Su Majestad para conseguir la traslación del retablo sevillano del Renacimiento á otro lugar de la misma iglesia, y la restauración del primitivo bizantino al que debe devolver su pristina hermosura y la brillantez de sus tonos alguno de nuestros excelentes artistas, de los que á su habilidad y buen gusto reúnan los conocimientos arqueológicos necesarios para una restauración que al par que obra de arte, ha de ser también obra de ciencia. Todos los amantes del arte han de bendecir la mano protectora que sepa descorrer el velo que hace tantos siglos oculta tan grandes bellezas. Todos también sentirán deseos de que tan grandes bellezas se popularicen, para honor de España.

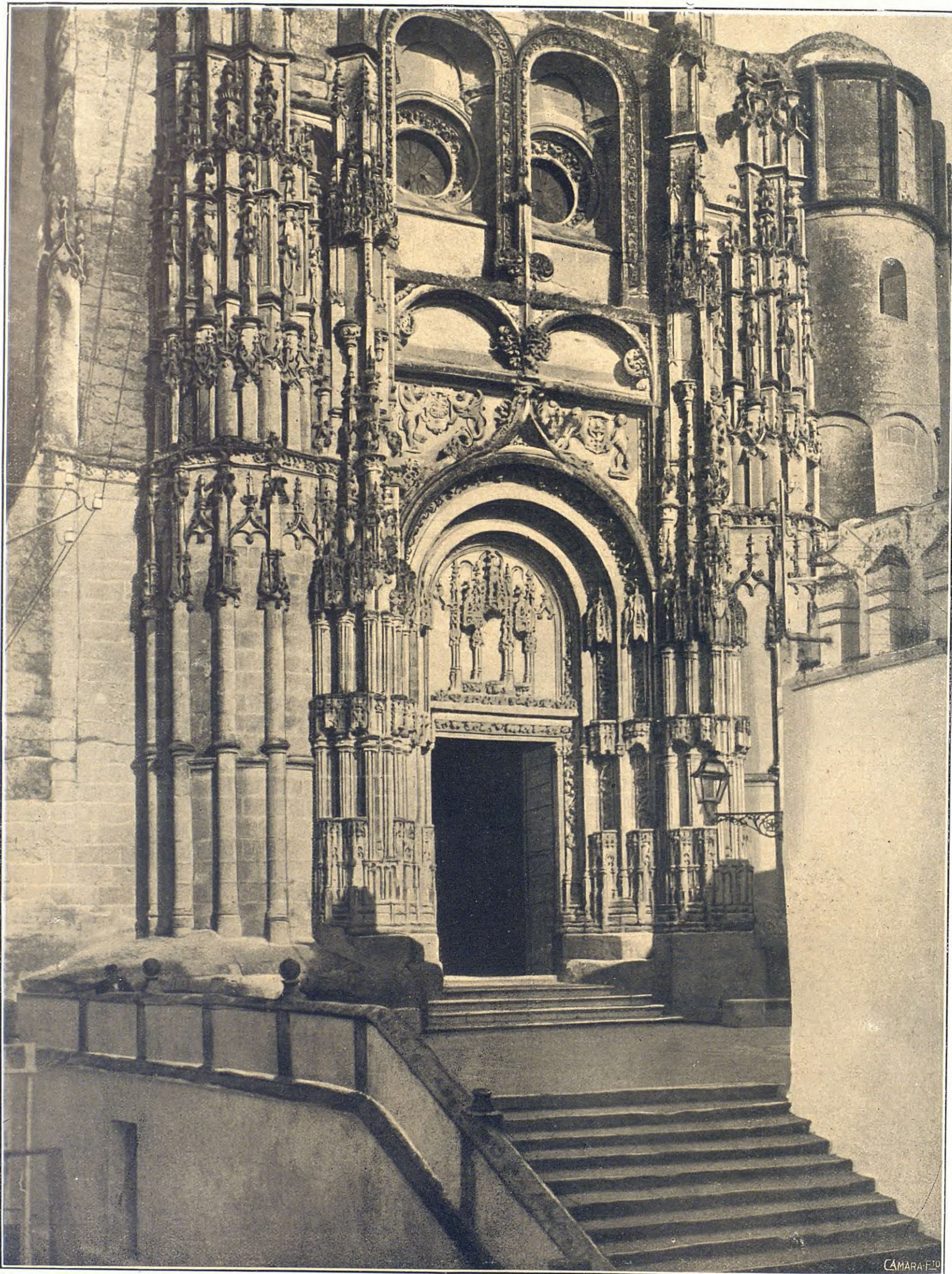


Ajimez mudéjar de la iglesia de Santa María, de Arcos de la Frontera, taplado interiormente



Arabescos y pinturas murales del siglo XIII, que se conservan detrás del retablo del altar mayor

LA RIQUEZA ARTÍSTICA DE ESPAÑA



PUERTA DE LA IGLESIA DE SANTA MARÍA, DE ARCOS DE LA FRONTERA (CÁDIZ), CUYO PRIMOROSO LABRADO ES DE INCALCULABLE MERITO

BELLAS ARTES

LA EXPOSICIÓN BELTRÁN, EN MADRID



LA GRANADA



PRIMAVERA

Cuadros de Federico Beltrán

Ha querido Federico Beltrán, antes de abandonar España para fijar su residencia en París, hacer una espléndida demostración de cuantos son sus méritos y hasta qué punto debe considerarse como uno de los más admirables pintores de nuestra época.

En una de las salas del Palace Hotel expone el ilustre artista cerca de ochenta lienzos, algunos de ellos de enormes dimensiones. Queda en ellos resumida, concretada, la tendencia plena de luminosidades y exuberancias coloristas que caracteriza al joven maestro.

Regalo de la mirada y deleite del espíritu son estos cuadros por como son de gratas sus armonías y de sugeridores sus asuntos. Va en ellos la emoción íntima de bracerío con la sabiduría técnica, complementándose de tal modo, que no sabemos en cual de estas cualidades radica el mayor encanto.

No parece un pintor español Federico Beltrán, pues no hallamos en él la tradición pesimista, seca, austera—en el sentido de una austeridad enfermiza—que nos legaron

de *La Canción de Bilitis*, es el compendio de su otra estética nacida del culto a la mujer.

Una gran variedad informa, además, esta Exposición, por tantos conceptos extraordinaria. Desde las notas frías, finas, envueltas en una serenidad de composición y de colorido, llega a otras cálidas, energías, vibrantes, embriagadas de luz y de fuerza, pasando por los motivos decorativos intermedios.

La gestación de todo ello está en los bocetos de cuadros futuros que el artista ofrece con una cordial ingenuidad y una envidiable confianza en sí mismo, en la impenetrabilidad de sus secretos técnicos.

¡Qué fiesta de gemas y de resplandores y de irreales armonías, junto a evocados paisajes de ensueño, es la de estos cuadritos que revelan a un gran poeta!

Fugaces, rápidas, las pinceladas construyen la emoción de un momento, la visualidad de una escena y toda una desbordada prodigalidad de sensaciones nos invade, presintiendo en ellas las obras futuras.—SILVIO LAGO



RETRATO DE SEÑORA



LA SÚPLICA



AMPARO DE Cór. JVA

nuestros pintores del siglo XVII y que siguen considerando como únicas normas de belleza algunos pintores contemporáneos.

En Federico Beltrán se encuentra precisamente todo lo contrario: exaltación optimista, sensual complacencia de interpretar desnudos y paisajes espléndidos y telas, joyas y cielos encantados por la magia azul de las noches serenas.

¡Oh! Esto sobre todo. Podríamos llamarle «el pintor enamorado de la noche». Su cuadro *Hacia las estrellas* es el resumen de este ultraterreno amor a los siderales misterios. Como el torso admirable, insuperable, al que no hallaríamos en toda la pintura española de hoy,

HOMENAJE A UN RELOJ

DEFINITIVAMENTE y sin remedio, este viejo reloj de bolsillo ha terminado su misión. En vano intentaría rehabilitarlo. Los relojeros, igual que los médicos, son incapaces de contener la ruina de los organismos que vivieron mucho. Pobre reloj de mis intimidades, a tí también te llegó la hora de poner un punto final en el episodio de tu laboriosa existencia.

Todos han visto romperse un reloj. Los relojes cuestan poco; los hay de todos los precios, hasta de precios inverosímiles. Roto un reloj, se compra otro en seguida. Causará, pues, un poco de asombro la melancolía de estos renglones, dedicados a recordar la historia de un objeto insignificante. Pero mi reloj era el único, el reloj por excelencia, el reloj transcendental y decisivo. Fué el primero que tuve. Me lo regaló mi padre. Me ha acompañado durante la sección eminente de mi vida, ha hecho la campaña de mis mejores años. Apuntó mis horas de placer, de angustia, de esperanza. El único reloj que usé. Casi una vida entera... Para este reloj amoroso, conyugal, legítimo, fiel y probo, para este amor único, el alma no puede limitarse a expresar una queja pasajera ó insignificante.

Los relojes no son todos iguales. ¡Cómo habrían de ser igualmente anodinos! Los relojes tienen alma, y el alma de mi reloj era sobremanera inteligente, pensativa y responsable. ¿Son iguales, acaso, los libros? Porque tengan un parecido número de páginas y forma semejante, los libros sabemos que se diferencian fundamentalmente. También tienen alma los muebles. El sofá donde se sentaba la abuela ó donde convalecía el anciano padre, no puede confundirse con la rígida é idiota butaca que un tapicero colocó en la fría sala de recibo. Este costurero guarda un mundo de sensaciones. Aquel armario esconde secretos inolvidables.

Las cosas tienen un alma cuando se asocian a nuestro destino. Y este reloj mío parecía haberse llenado de mi mismo sér. ¡Tácito objeto tintineante, exacto, veraz, intransigente, austero y moral como una conciencia estoica, yo no puedo decir que mi reloj era una «cosa!» Era una vida reglada, una mente que se conducía por los imperativos del más estricto deber.

Muchas veces el hombre queda humillado, lleno de vergüenza ante el ejemplo de los seres inferiores ó de las simples cosas. Mentir, engañar, proceder con fiereza; esta es nuestra costumbre. De repente miramos a nuestro perro, en cuyas húmedas pupilas se refleja un océano de bondad y sacrificio, y temblamos, como si sorprendiéramos la misma faz de la conciencia acusadora. Del mismo modo somos negligentes, olvidadizos, inclinados a aplazar nuestras determinaciones. Entonces se nos ocurre mirar al reloj, y la misma íntima vergüenza nos invade. El reloj, siempre exacto, nunca cansado, inexorable de obediencia y moralidad, marca sus minutos puntualmente, como si nos recriminase nuestra humana falibilidad.

¿En qué forma ponderaría yo la conducta moral de este reloj que se ha roto? Nunca podría haber contratado un secretario más celoso é inteligente. Un hombre, por honrado que quisiera ser, jamás administraría mis bienes con mejor éxito.

Mi reloj me administraba el único tesoro que poseo: las horas. Nunca sintió el menor amago concupiscente. Apuntaba, contaba, manejaba mi caudal, con fiel delicadeza. Mi fortuna, amonedada en horas, quedaba a su arbitrio, y yo podía dormir tranquilo, seguro de que mi administrador velaba siempre. Las grandes monedas de los años; las monedas de los meses y las de los días; las corrientes y usuales monedas de las horas; las otras más pequeñas, aunque importantísimas, de los minutos y los segundos; los cuartos de hora decisivos, transcendentales y tan temibles: Todas esas monedas de mi peculio personal eran administradas prolija, cariñosa, por mi viejo reloj. Y entre tanto yo podía, un poco aturdidamente, desvariar entre las locuras del mundo, como un menor calavera, en la seguridad de que velaba siempre mi viejo tutor, mi viejo reloj.

El tiempo... ¿Conserva el tiempo en todos los instantes la misma dimensión? Aquella hora de llanto y desesperanza, ¿era tan breve como aquella otra hora de delirio? La tarde tediosa y desgana, que parece no acabarse nunca,

¿tiene iguales proporciones como la tarde de amor, fugaz y divina, bajo el árbol florido? El tiempo no debe de ser el mismo siempre, y las manecillas misteriosas que gobiernan el régimen de los minutos, poseen, sin duda, la potestad de alargar ó encoger el hilo temporario.

En ciertas ocasiones, un segundo alcanza prolongaciones prodigiosas. Hay segundos en que parece realizarse el milagro de la cristalización del infinito. Una noche tempestuosa caí derribado del estribo de un tranvía; los dos coches, crujientes, pasaron rozando mi tendido cuerpo; y mientras el aliento deteníase en mi garganta, vi pasar los dos coches, no como dos cosas limitadas y temporales, sino como algo interrumpido, inmensamente largo, amenazante y feroz. Aquellos cuatro segundos de angustia, ¿cómo podría yo medirlos con la regla ordinaria del tiempo? Eran más bien una síntesis, una imagen representativa de la eternidad.

Mi reloj, mientras tanto, seguía mostrándome el cómputo temporal de cada día. Como un amo intransigente, yo le recriminaba a mi tácito administrador esas alteraciones y esos fraudes maliciosos. Le acusaba, iracundo, de haber malversado los minutos de placer. Viejo reloj, ¿por qué cuentas tan mal los instantes? Aquel paseo íntimo y aquel coloquio indecible por el sendero de la orilla del mar, ¿han podido durar tres horas largas? Eran, cuando más, cuatro minutos. Y aquella noche de agonía, ¿fué una noche solamente, ó fueron cien noches acopladas?... Viejo reloj, tú me mientes.

Pero el buen administrador refunfuñaba ante la acusación injusta del amo. Yo oía su tintineo enérgico, como una palpitación de coraje y dignidad. Y me figuraba entender sus protestas de empleado probo, de servidor abnegado. «Sois unos locos los hombres, que pretendéis descolgar las estrellas para alumbrar vuestros caprichos, que quisiérais, semejantes a niños mimados, involucrar el orden de la armonía universal, como si en efecto fuérais el eje transcendental del mundo. Pero el tiempo no puede detenerse ni apresurarse desmedidamente. Bastantes licen-

cias te concedo, amo ingrato, cuando prolongo la señal de la hora, sin que tú la adviertas, ni lo agradezcas.» Y el reloj añadía: «Date prisa, date prisa, que las horas no vuelven y la vejez no aguarda.»

¡Pobre reloj rezongante! Le ha llegado a él primero la hora de terminar. ¿Se figuraba acaso que había de ser eterno? Suposición muy natural, por otra parte, y muy legítima. ¿Qué sería de todos nosotros, si no viniéramos al mundo provistos de esa gran ilusión de la eternidad? La roca que se calcina al sol, lo mismo que la mente humana más pensativa, tienen descontada desde luego la seguridad de que han de ser inmortales. De otro modo sería imposible vivir. Por eso yo me refa de los consejos de mi reloj, y me impacientaba cuando corría demasiado lento. ¡Aprisa, más aprisa! Y era porque «mañana» me aguardaba un éxito, una cita, una obra, un cobro, cualquier cosa, muchas veces baladí, y siempre, naturalmente, menos valiosa que el tiempo que yo despreciaba. Pero el reloj, lleno de prudencia, se resistía a correr; como un probo administrador regateaba sus préstamos; desoía mis regaños impacientes. Y, sin embargo, ¿cómo ha corrido!...

¡Con qué velocidad han pasado las horas! Ahora recuento mi capital, y compruebo que he sido un derrochador. ¡Ah, reloj senil y amoroso! ¡Tus regaños y protestas eran nada más que aparentes! Me predicabas, te hacías el inflexible como un padre, y después, como un abuelo, abríais amplio crédito a mis impaciencias. El capital está bien mermado. Pero has tenido la suerte, viejo tutor, de morirme antes de que viniera la bancarrota.

Ha sabido concluir dignamente. Se ha defendido de la muerte como un héroe ilustre que no aspira a ningún ruidoso homenaje. Resistíase a perecer, acaso por amor hacia mí, más que a la vida, y por un sentido de paterna responsabilidad. Como un tutor íntegro, parecía aterrarle la idea de abandonarme solo é inexperto por los caminos del mundo. Noble y disculpable petulancia. Luchaba contra la destrucción con un coraje sorprendente. Si recibía un golpe, el heroico reloj tartamudeaba un momento; pero en seguida reanudaba su ímprobo y exacto compás. Si caía al suelo y alguien, yo mismo, lo pisoteaba, al incorporarse su esfera simulaba un rostro machacado, herido, sangrante; sin embargo, su corazón latía siempre. Su máquina (su alma), era inquebrantable, y ningún accidente brutal ó estúpido lograba desviarle de su camino, de su deber.

Iba rompiéndose poco a poco, envejeciendo paulatinamente. Una vez se le rompió el minutero, y no podía precisar el tiempo con fijeza. Marcaba las horas a bulto. Parecíase a los ciegos que caminan tanteando y equivocan las puertas. Viejo, roto, pasado de moda, sin minutero, el bravo reloj seguía andando. Como no tenía más que la aguja del horario, marcaba el tiempo en forma de hipótesis. Yo le preguntaba como antes: «¿Qué hora es?»; y el pobre reloj cascado, respondía: «¡Yo qué sé! Podrán ser las cinco y media, ó las seis menos cuarto...»

Hace un momento se ha parado sin ningún motivo. «¡Vaya, viejo amigo, parece que nos cansamos!» Entonces el noble reloj, herido en su dignidad, ha reanudado su marcha. Pero después ha vuelto a pararse. Ha muerto. ¡Basta!

Y este prócer moral, esclavo de su deber; esta conciencia sutil y acerada, empañada de unción amorosa, ¡este viejo reloj, ha muerto! Sobre la mesa está, todo acribillado, recompuesto, deformado. Ya no se le oye tintinear justa y precisamente. Muerto está, y al verle, se llena el alma de una tristeza inefable.

¡Alma de las cosas! ¡Tácita alma de los amigos confidentiales, cuya mudez guarda nuestros secretos más impronunciabiles! Ha trazado nuestra imaginación paraísos y cielos para los espíritus humanos; nos resistimos a pensar que en la muerte acaba este coloquio terrenal que mantenemos con los seres queridos. Y para vosotros, almas de los objetos amados y confidentiales, ¿nos hemos olvidado de inventar un paraíso? El reloj está muerto, y tenía un alma, y era moral y buena como una suma de santidad. Ahora esa alma buena, ¿a dónde se fué?...

José MARÍA SALAVERRÍA



Lucrecia Borgia

Reina de los festines, deslumbrante y altiva, bebe el licor bermejo para ocultar su pena, y en cada boca roja con que la fiebre aviva, pone un beso tan hondo que la carne envenena.

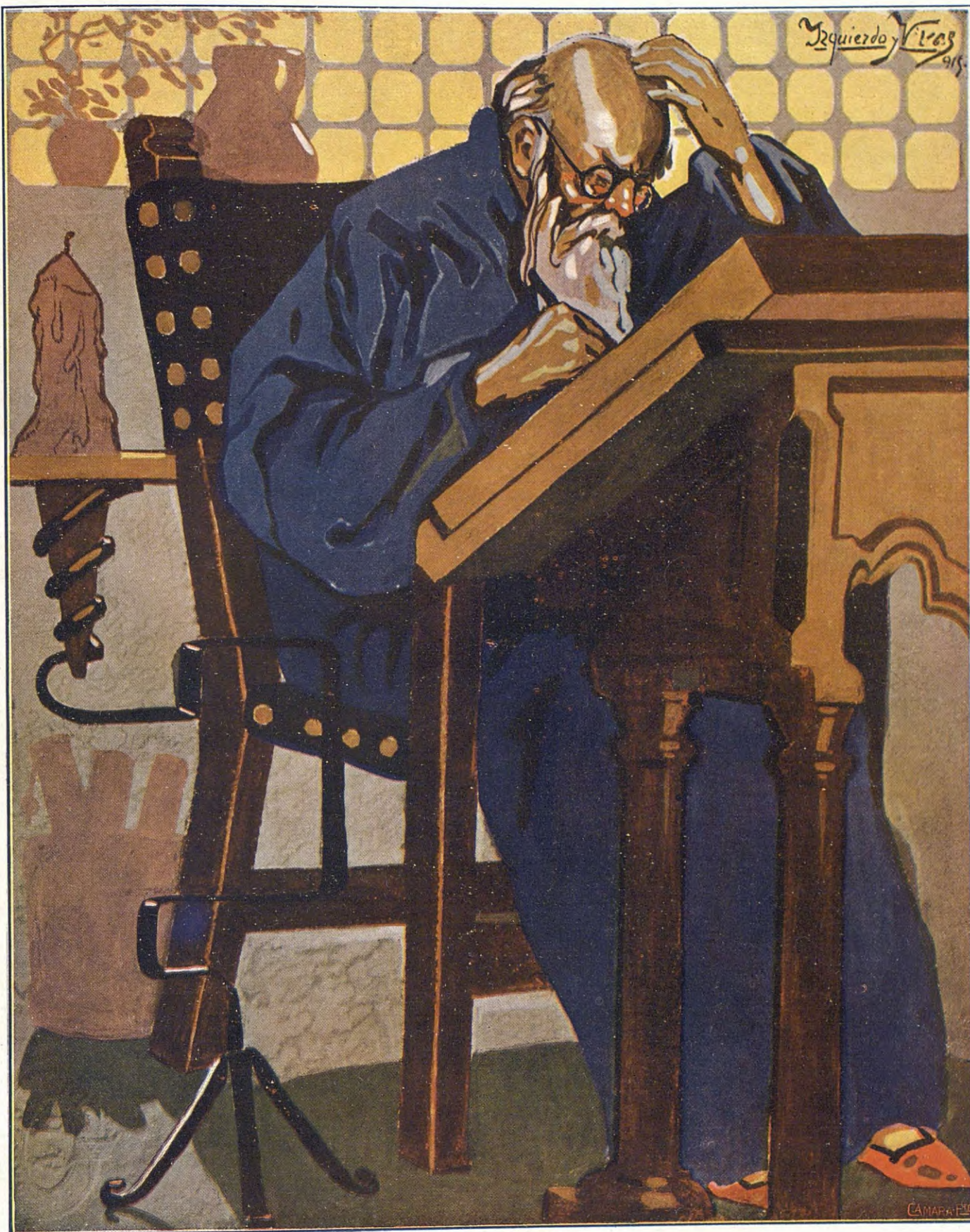
Aunque Satán, el viejo fauno de alma lasciva enciende sus pasiones con la mirada obscena, desflora ante los ojos del fauno la emotiva serenidad galante de una escultura helena.

Flor gloriosa del Vicio que en sus besos advierte, que detrás de sus besos llega oculta la Muerte, el puñal, la áurea copa del veneno traidor...

¡Bien llegada la Muerte bajo fieros puñales, por el loco perfume de sus rosas carnales y la intensa caricia de sus labios en flor!

ALFONSO CAMÍN

PÁGINAS POÉTICAS



FAUSTO

Fausto sabe la clave de todo cuanto existe
y el amargo secreto de su sabiduría
¡oh, dolor solitario de la filosofía!,
le ha puesto el corazón eternamente triste.

Fausto tiene la clave
del cielo, de la tierra y del infierno,
pero el viejo filósofo triste y casto, no sabe
la emoción inefable que hace el pecado eterno.

Fausto no gozó nunca de livianos placeres,
y don Juan fué á buscarlos con diabólico afán

en las bocas fragantes de todas las mujeres.
¿Quién tiene la razón, Fausto ó don Juan?

¡El amor es dolor,
y una negra tristeza viene tras el placer!
¡Pero es dulce el sabor de unos labios en flor
y misterioso el tibio seno de la mujer!

Goethe es Fausto. Carlota, Margarita y Elena
—las tres musas de carne del poeta divino—
nos dicen que la vida no valdría la pena
sin el *Eterno femenino*.

El profundo doctor, que todo lo sabía,
—menos la causa y la razón del sér—
fué á encontrar el secreto, por tremenda ironía
del Diablo, en una boca fragante de mujer.

Y Fausto, redivivo, se entregó á la serpiente
que sabe el misterioso sortilegio sensual,
y condenó su alma eternamente
por la rosa de Venus... como cualquier mortal.

E. CARRÉRE

DIBUJO DE IZQUIERDO VIVAS

: MOMENTOS :
HISTÓRICOS

EL MAYOR MONSTRUO LOS CELOS

(Mal suceso que acaeció en Madrid la noche del 31 de Marzo de 1578).

ESTA polilla de los celos, que un grande hombre del *Siglo de Oro* llamó hijos de Amor, es tan sutil como el agua, y por ende tiene entrada y cabida en todos los corazones, así en el del monarca como en el del más ínfimo dependiente del resguardo.

Amor, es la semilla que la desparrama y hace crecer.

He aquí lector amigo, que una furibunda tromba de celos fué quien trajo de la mano este acaecimiento que hoy por la fuerza de cumplirse su aniversario, acúdeme á los puntos de la pluma.

Y mira tú, como las pasiones humanas que son en cada individuo fruta del corazón, vienen muchas veces á madurar en sucesos transcendentales que caen luego dentro de la historia política de un reino.

Era por el entonces árbitro y dueño de los destinos de España, el señor Rey D. Felipe II de Austria, hijo del Emperador, fuerte brazo de la Fé y gran maestro de la astucia y el disimulo.

Por muerte de su secretario de Estado, Gonzalo Pérez, arcediano de la iglesia de Sepúlveda, ocupaba este empleo desde 1576 su hijo Antonio, y á lo que se sabe hacía á las mil maravillas, para servicio del Rey, satisfacción de los grandes, desesperación de los bajos y medro suyo.

El austero monarca, fuera de las horas que dejábanle libre las áridas empresas del Gobierno y los piadosos deberes de su conciencia cristiana, buscaba solapadamente esparcimientos al ánimo con parrafillos amoriados dentro y fuera del Alcázar.

Demás, que él pensaría muy cuerda mente que esto nunca pudiera constituir culpa, pues de coro sabía que á la diestra de Dios padre asentaban muchos bienaventurados como María Magdalena, que si á tanto subieron fué precisamente porque amaron mucho en la Tierra.

Pero he aquí que tan compenetrado estaba Antonio Pérez, con su amo y señor así en las manipulaciones gubernadoras como en los gustos privados, que dió en aficionarse de la misma dama, y miró á rendirla de igual suerte.

Era esta señora la Princesa de Eboli y de Melito Doña Ana de la Cerda, peregrina hermosura, aun habiendo la desdicha de no tener más que un sol en el cielo de su cara y ello dió ocasión á que andando los siglos la pintara desta gentil manera la musa galante de un clérigo poeta:

«Un párpado levantado
mostraba negra pupila,
que con su fuego aniquila
cuanto una vez ha mirado,
el otro, cubre caído
como venda bienhechora,
la pupila matadora
que cerrada se ha dormido...»

Antonio Pérez, parece que consiguió ser aun más dueño de la voluntad de la Serenísima cortesana que el mismo Rey, pero á entrambos ganó por la mano la gallardía, apostura y buena gracia de Juan de Escobedo.

No tardó mucho en enterarse el astuto secretario real, y enseguida formó determinación de tomar venganza pero amparado por el favor del Rey, para que esta fuera más cierta.

Como por hallarse dentro de la misma intriga, no podía exponer á Su Majestad la causa cierta sobre qué fundaba el castigo, arguyó que era por demasiada osadía de Escobedo en el cargo de secretario con Su Excelencia (1) el Príncipe, y desmedido encumbramiento, que aun á la soberanía causaba agravio.

Este ya era bastante desmán para que Felipe II partidario como Napoleón, andando los años,

(1) Digo Excelencia tratándose de persona real, porque ya es harto sabido que Felipe II negó á su hermano el tratamiento de Alteza.

de que no hubiere más de dos reyes, uno en los Cielos y otro en la Tierra, y que este fuese él, parecióle muy bien el arbitrio, y así abrió la mano y cerró los ojos para consentir el crimen.

Y ahora se me acude á las mientes una duda perversa, que acaso amigo lector, tenga también un vivo reflejo en la inquieta soledad de tus pensamientos.

¿No pudo ser esta misma la clave de la temprana y repentina muerte del señor D. Juan de Austria?

Subió muy de prisa así en las alas de la Fama como en el corazón del Pueblo.

Más volvamos á nuestro discreto oficio de cronistas dando de lado á toda digresión y parecer por nuestra cuenta.

Pensó el ministro ambicioso y desleal, que el veneno era el más eficaz y callado verdugo, y á él pues recurrió primero que á todo otro sistema.

Con muestras de mucho afecto y estrecha amistad convidó Antonio Pérez al más fino

cubrióse á tiempo el *mal guisado*, y pagó la esclava bailando la *zarabanda* al fin de una sogá en la Plaza mayor, y esto á ciencia y conciencia del Rey y del Favorito.

Viendo el tal cuan poco adelantaba su negocio por aquellos solapados medios, resolvió acabarle radicalmente.

Valióse para ello de seis compadres de la misma calaña, cuyos nombres ha tenido la Historia capricho de conservar entre sus apergamidados folios para ejemplo de pícaros y devoción de asesinos. Fueron el mayordomo de Su Señoría, Diego Martínez, Antonio Enriquez, Juan Rubio, N. Insausti, Miguel Bosque y Juan Mesa...

Todo quedó concertado y prevenido para la noche del Lunes de Pascua en un callejón que había frente á los Consejos, llamado *El Camarín de la Virgen*, á donde caía una puerta secreta de la casa de El 'i, por donde acostumbraba á salir Escobedo.

Emboscáronse todos en la sombra, y así como el infelice pisó los guijos de la calle, que



amante de la de Eboli, á lo que este confiado y satisfecho no dudó en aceptar.

El *convite* estuvo en que Antonio Enriquez, mayordomo del privado pusiera en la copa de Escobedo cada vez que bebiere (y se sabe que fué hasta dos veces), la porción de agua venenosa que cupiera en una cáscara de nuez. Más no correspondió el resultado al propósito.

Pasaron breves días y reincidió el favorito, esta vez en su misma casa de la Plaza del Cordón, é hizo asistir, (sin duda para darle mas carácter de intimidad), á su esposa Doña Juana de Coello.

Reforzóse el agua de la anterior jornada con unos polvillos como harina, y ello fué más derechamente para los deseos del vengativo, pues que apenas terminado el ágape, sintióse el hombre con las ansias de la muerte, y á su puerta como mendigo hambriento, estuvo por espacio de muchos días.

Durante la convalecencia, avisado ó sospechoso de lo ocurrido, sólo comía de una olla que le ponía una esclava, la cual no atendía á otro menester.

Pero como todo estaba prevenido para acarrearle á la otra vida de la que nadie torna, fué ganado su cocinero por un Juan Rubio pícaro ó pinche en la cocina de Palacio, haciéndole echar en la olla de aquellos polvos de marras. Des-

fué á cosa de las diez, Insausti, Rubio y Bosque avalanzáronse sobre él y de una furibunda estocada abrióle el primero de aquellos malvados las puertas de la eternidad. Los otros tres quedaron como guardas para detener á cualquiera ronda si acaso se descarriara por aquellos lugares.

Desta alevosa muerte acabaron los días del *Verdinegro*, como llamaban á Escobedo el Monarca y el Favorito. Y todo lo trajo el mayor monstruo del mundo, que es los celos.

Poco después, cuando descubierta la verdadera causa desta venganza, fué Antonio Pérez encarcelado por su amo, y puesto á cuestión de tormento, parece que declaró que el mismo monarca presencié la alevosa tragedia resguardado en el quicio de un portal junto á la Iglesia de Santa María, de cuya excelsa señora era muy devoto el grave y austero hijo del Emperador Carlos de Austria.

Y he aquí un ejemplo certísimo de cómo las pasiones humanas, que son en cada individuo fruta del corazón, vienen á veces á madurar en acaecimientos transcendentales que caen luego dentro de la historia política de un reino...

DIEGO SAN JOSÉ

DIBUJO DE MARÍN

◦ PROBLEMAS ◦
DE LA GUERRA

◦ LA ALIMENTACIÓN DEL SOLDADO



Las tropas del Gran Duque Nicolás, tomando el rancho

DIBUJO DE CLARK

Uno de los más interesantes y difíciles problemas de un ejército en operaciones es el del abastecimiento de víveres para la confección de los diarios ranchos. Dos grandes procedimientos de conjunto se han ofrecido siempre al Alto Mando de las tropas: ó el de tomar lo preciso del país ocupado, ya dejando al soldado la libertad de conseguirlo, sin regla, ni freno, ya organizando sistemáticamente la requisita de los comestibles; ó bien constituyendo en una región, llamada base de operaciones, convoyes que transporten más ó menos regularmente, todo lo que sea necesario para la alimentación del ejército.

Estos dos sistemas pueden disponerse en acción, ya sea por los medios militares, bajo la dirección y vigilancia directa de los jefes ó de sus delegados, ya sea por la intermediación de proveedores pagados en conjunto y actuando casi en completa libertad.

Por muy alto que nos remontemos en la historia de las guerras mundiales, comprobaremos la aplicación, más ó menos pura, de uno de estos procedimientos, ó la combinación de los dos. Según la época ó las circunstancias, según la organización administrativa del ejército, según el carácter del jefe, según los recursos de que se disponía, y según, en fin, la naturaleza de los teatros de operaciones, su riqueza en productos agrícolas y los medios de transporte, se observa una tendencia á hacer predominar el empleo sistemático del primero ó del segundo.

En la antigüedad y en la edad media las tropas vivían sobre el país, «la guerra nutría á la guerra»; ni almacenes, ni convoyes; como que las guerras sólo tenían por principal objetivo adueñarse de las riquezas de los pueblos vecinos.

En el siglo xv se hicieron numerosos ensayos para evitar el pillaje y sustituirle con el empleo metódico de los recursos del país, y sin embargo, durante largo tiempo el soldado debía buscar sus provisiones por sí, comprando víveres á los vendedores que seguían á los ejércitos, origen de los *vivanderos*. Cuando la soldada dejaba de ser pagada con regularidad, el hombre

de armas se veía obligado á buscar de nuevo en el pillaje todo medio de alimentación.

Sully y Richelieu, en Francia, fueron los primeros en cuidar por sus instituciones y por la vigilancia de sus agentes, la regularización de los servicios alimenticios de los ejércitos reemplazando las brutales requisiciones por las compras.

Los turcos fueron los primeros en fijar una ración diaria al soldado, y en hacer convoyes regulares. Su ejemplo fué seguido por los húngaros y los austriacos en sus guerras con los musulmanes; los territorios entonces desiertos y sin recursos del teatro de la guerra, imponían la necesidad del convoy.

Durante la guerra de los treinta años, Gustavo Adolfo organizó metódicamente la alimentación de su ejército; fué el primer general que, según las circunstancias de la lucha, varió los procedimientos: explotación local severamente reglamentada, alimentación en casa de los vecinos de la localidad ocupada, mediante pago, subsistencia por almacenes fijos durante los estacionamientos y por almacenes móviles durante las marchas.

A partir de esta guerra, en la que franceses y alemanes cometieron toda clase de excesos para procurarse la cotidiana alimentación, todos los Estados europeos se esforzaron por organizar regularmente las subsistencias de sus tropas, ya que por cuidarla con esmero venció en Turina Gustavo Adolfo.

Federico II aplicó rigurosamente estos procedimientos y en sus célebres memorias dijo: «Son precisos almacenes fijos y provisiones móviles. La primera regla es establecer almacenes en los últimos escalones de la retaguardia y siempre en una ciudad fortificada.» Cuidó el gran caudillo de que sus soldados llevarsen como provisiones móviles cinco días de pan y su intendencia de 20 á 25, y fué el primero en imaginar y crear una panadería móvil que seguía á las tropas, á dos ó tres etapas ó jornadas.

Napoleón tuvo que dejar vivir á sus tropas sobre el país en Italia, Lombardía y Piamonte; pero desde 1809, el gran Capitán cuidó con exquisito

esmero de preveer antes de comenzar las operaciones, la alimentación en vivac, en cantón y en marcha, de sus aguerridos soldados.

En la campaña de 1859 en Italia, por primera vez un gran ejército tuvo ocasión de utilizar los potentes medios de transporte creados por la industria del siglo xix. Claro es que el avituallamiento por las líneas de retaguardia queda facilitado con la presencia de las vías férreas, que permitieron á la vez transportar grandes cantidades de víveres y hacerlos llegar hasta las tropas en muy poco tiempo; marchando más rápidamente que estas últimas, los convoyes no pueden recibir el reproche de inmovilizarlas. Desgraciadamente la vía férrea es de fácil destrucción y con ello se interrumpe y detiene el avituallamiento.

La campaña de 1859 hizo resaltar claramente estas ventajas y estos inconvenientes.

En la primera parte de la campaña, es decir, durante el periodo de preparación, de organización y de concentración, la administración militar utilizó bases alejadas del centro de maniobra, bases sedentarias donde aflúan los recursos de la madre patria. Desde estos puntos, Suse y Génova, la administración alimentó diariamente, con la ayuda de expediciones por vía férrea, á estaciones que fueron centros de avituallamiento, susceptibles de desplazarse según el movimiento del cuerpo de ejército.

El estudio de los servicios administrativos en las modernas campañas ocuparía un extenso volumen, y de esta guerra mundial han de deducirse interesantes y curiosas enseñanzas del empleo de los modernos medios de transporte, de las cocinas-automóviles, de los carros-algibes potabilizadores y de todas las aplicaciones de los adelantos de la ciencia y de la industria, á los convoyes que siguen á las tropas en su avance y llevan hasta ellas, en el momento preciso, los alimentos reparadores de fuerzas y energías para proseguir sin tregua, ni reposo, la lucha brutal y sangrienta.

¡Tripas llevan pies!

CAPITÁN FONTIBRE

DE NORTE A SUR

La Cruz de Raemaekers

En París ha sido condecorado con la cruz de la Legión de Honor un caricaturista. Otro caricaturista ha sido el representante del Gobierno en el acto de la imposición. Y por último, el acto fué en el domicilio social de los Humoristas y en presencia de los más notables de éstos.

Imagináos á Abel Faivre, á Guillaume, á Capiello, á Ibels, á Leandre, á Nam, á Carlegle, á Hansi, á Truchet, á Sandoz, á Villemot, á Neumont, á Robida, á Vallet, á Poulbot, á Rouville, á Sem, graves y emocionados, ante Luis Raemaekers y Forain.

Forain, el formidable satírico, el nieto espiritual de Daubier, el eterno rebelde, el burlón incorregible, hablaba con esa voz lenta y pretenciosa de los oradores:

«No habiendo podido, por razones de alta diplomacia, no resueltas aún, trasladarme á Holanda para cumplir la misión que el Gobierno me había confiado de entregar la Legión de Honor á nuestro compañero Mr. Luis Raemakers, he creído oportuno aprovechar su incidental estancia en París, realizando esta grata misión ante vosotros.

«Significa para mí una gran alegría el verme honrado por el gobierno de la República con el encargo de entregáros, mi querido colega, la cruz de la Legión de Honor y tengo la seguridad de que todo el público, que es ya tan vuestro, aprobará calurosamente esta alta distinción».

Escenas semejantes en que la solemnidad se cambió en cómica inspiración, habrán pasado ya, repetidas, bajo los lápices de los humoristas. El mismo Forain dibujó una vez una sátira contra el abuso de condecoraciones, en la que se veía un señor correctamente vestido de frac, sin cruz, banda, ni cinta honorífica alguna, paseando por entre multitud de fracs condecorados.

—¿Quién es?—preguntaba uno.

—No lo sé—respondía otro.—Pero debe ser un personaje verdaderamente ilustre. Fíjese en que no está condecorado.

Sin embargo, en el reciente acto de la im-

posición de la Cruz á Raemaekers, ninguno de estos admirables burlones que cambian sus lápices en tirso ó en látigos, sentía la comezón de reír.

Francia se da cuenta, en los momentos trágicos y sublimes por que ahora atraviesa, de que la misión de los caricaturistas es una de las más altas que pueden realizar los hombres. Los dibujos satíricos son armas también contra el enemigo y sostienen, como las proclamas de sus generales y las comunicaciones oficiales del Gobierno, el sagrado fuego del patriotismo y la confianza en el triunfo definitivo. Significaba también este acto la consagración de un gran artista. Luis Raemaekers es un caricaturista holandés. Desde las páginas del *De Telegraaf* de Amsterdam, primero, y de las del *Daily Mail* y *Le Journal* después, ataca los Imperios Centrales de un modo viril y generoso.



El caricaturista Forain, que en nombre del gobierno francés ha impuesto la cruz de la Legión de Honor al caricaturista Raemaekers



Soldado alemán emboscado en una trinchera y cubierto con la careta protectora de los gases asfixiantes



EUROPA.—¿No estaré todavía bastante civilizada? (Dibujo de Luis Raemaekers)

Cuando se piensa que estas páginas trágicas surgen de la pacífica y neutral Holanda, nos sorprende. ¿Es en efecto un descendiente de los maestros de los cuadros plácidos y aburguesados que afirmaron una tradición pictórica de interiores tranquilos y hombres gordos?

¿Cómo ha sentido el ímpetu bélico este hijo de los campos de tulipanes, de los canales por donde bogan, en símbolos de pacificación, las nubes rosadas? ¿Y cómo este súbdito de Guillermo ha tenido la violenta arrogancia de pedir un puesto en el ejército admirable de los caricaturistas que luchan?

No lo sabemos. Lo cierto es que ahí están sus dibujos, que continúan la tradición de las *Misericordias* de Callot, de los *Desastres* de nuestro Goya y que Grand Carteret y Arsenio Alexandre, los dos ilustres escritores franceses que han dedicado libros al estudio de la caricatura, no vacilan en reconocer que los álbumes de Luis Raemaekers son más elocuentes páginas de la guerra de 1914 que los cuadros de Alfredo Neuville lo fueron de la de 1870.

La máscara trágica

¡Carnaval! Después de llevar tres meses reclusas en los bailes nocturnos, las máscaras invaden las calles y los paseos. Arrojan puña-

dos de confetti y dulces y flores. Visten trajes de colores brillantes y lanzan gritos de—falsa ó fingida—alegría. Inesperadamente se cogen de la mano unas cuantas, que nada tienen de común en la vida sin careta, y danzan en corro cantando canciones infantiles. Luego se separan y siguen gritando con su voz de falsete á las personas desconocidas: «¿Me conoces?».

Pero estas máscaras cómicas no nos hacen olvidar las otras máscaras trágicas que ahora invaden Europa.

Vedla surgir del fondo de la tierra, como las otras bracean en lo alto de una carroza bambolean. Tiene ante sí el saco de municiones, como aquellas los sacos de confetti y acecha al enemigo, como aquella al amigo...

Si aquí arrancamos la careta á una máscara que nos pregunta «¿Me conoces?», veremos que nos es desconocida. Si allá el hombre que ha matado al hombre le arranca al muerto la careta que le defendiera contra los gases asfixiantes, hallará un rostro desconocido. Y también las cómicas sorpresas aquí, las trágicas sorpresas allá. La mujer que pensamos ignorada y que al desenmascararla nos resucitaba el pasado ó nos afirmaba la cotidiana vulgaridad; el hombre que se creyó totalmente extranjero y que, sin embargo, en tiempos de paz, convivió los mismos regocijos y fué un hermano bajo el cielo de la patria... Y es que el amor huyó de Europa. Ya no vuelan las venusinas palomas, sino los cuervos hambrientos de podredumbre.

Y mientras la humanidad se abraza ó se mata, ocultos los rostros, Venus, que no tiene la olímpica desnudez exaltada por pintores, poetas y escultores á través de los siglos, sino el «bebé» de percalina de una hetaira de baja estofa, se refugia en un baile canallesco ó canta cuplés absurdos en un teatrillo ínfimo; y Marte, que cambió la reluciente armadura, la espada corta y el escudo que recogía los fulgores del sol, por la careta de lona y el depósito de los gases pestíferos, se hunde en el fondo de la tierra, para desde allí obedecer á la Muerte con mayor impunidad.

José FRANCÉS